A. BELIN SARMIENTO

El Joven Sarmiento

Escenario en 5 actos

EL JOVEN SARMIENTO

Escenario en 5 actos

Sarmiento en 1875.

(Oleo de Franklin Rawson.)

A. BELIN SARMIENTO

El Joven Sarmiento

Escenario en 5 actos

SAINT-CLOUD
IMPRENTA PABLO BELIN
CALLE GASTON LATOUCHE, 3

1929

PREFACIO

En todo tiempo los pueblos se han esforzado por magnificar a sus héroes. Las artes han tenido por objeto primordial idealizar la imagen de los dioses, los benefactores, los porta antorchas que arrojaron su luz sobre las fugitivas generaciones.

Conquistar la gratitud póstuma es el anhelo de los grandes hombres, puesto que toda recompensa vitalicia resulta deprimente para las altas virtudes.

Una patria arranca su existencia ideal de los sacrificios y méritos de sus fundadores y es obra de patriotismo exaltar a los varones ilustres que le imprimieron su propio ideal.

Resplandece en nuestra reducida historia un número considerable de caracteres elevados que serían faros luminosos y guías de las generaciones; pero carece nuestra literatura del instrumento apropiado para exitar el estímulo poderoso del ejemplo y de una noble tradición, todo lo que es cada vez más necesario para evitar que se diluya el recuerdo de los fundadores y de sus sacrificios, entre los hijos de esos arribantes que hemos llamado para engrandecer nuestro país y que no se hallaron en contacto con tales antecedentes.

La literatura histórica argentina es, a no dudarlo, abundante y reposa sobre bases científicas. Se han producido notables monografías que comprenden, además de la vida de hombres ilustres, todos los acontecimientos de la época en que vivieron. Esas y otras compilaciones serán de suma utilidad para quien

quiera modelar la estatua del héroe clásico, es decir, del que ha de producirse en las clases de enseñanza.

Sírvanos de ejemplo un libro inmortal del primer siglo de la era cristiana, escrito en griego, adoptado en todos los idiomas europeos : Las vidas paralelas de hombres ilustres de Plutarco. Carecen esas vidas del poderoso incentivo del orgullo patriótico y han penetrado en lo hondo de todas las almas dilatables a la contemplación de las altas virtudes. En esa fuente han bebido los pensadores y se han inspirado las artes y las letras, diciendo Enrique IV de Francia que había sido como su conciencia propria. Todos los héroes se han impregnado de esa série de monografías que son obras de arte tan simplificadas y profundas como los cuentos de hadas de Perrault, con su pizca de ingénua credulidad, pero adecuados a los corazones noveles.

Se ha convenido en que la obra de arte simboliza la belleza moral en un hecho humano o en una forma de la naturaleza. El artista da estilo a los rasgos que merecen la admiración. Asi, todos los retratos de Pericles llevan el casco sobre esa cabeza que no era la de un hombre de armas sino de persuasión, porque su cráneo tenía lineas defectuosas.

Sarmiento dijo que las ideas debían ser presentadas al pueblo, vestidas de gala, la frente coronada de rosas, como los invitados griegos a un festín en honor de los dioses immortales.

El artista habrá de eliminar lo deleznable que pertenece a la miseria de la especie y podrá limitarse a lo verdadero.

Incumbe a la historia la verdad implacable. La estatua que el arte habrá de modelar presentará los rasgos de belleza que la verdad le revelase, prescindiendo del enjambre infinito de instintos, pasiones y reacciones que revolotean en torno de la acción y obscurecen el fragoso camino.

Imbuído de estas ideas, expresadas aquí en forma sucinta y suprimiendo las atenuaciones que comportan, se hallaba el autor de este ensayo, empujado a presentar la personalidad de Sarmiento, tal como la concibe, en contradicción a veces con ciertos conceptos que han prevalecido o se repiten con frecuencia.

No es afectada modestia la que nos hace declarar que la realización de la obra de arte que el asunto requiere, supera en mucho la dosis de aptitudes que podríamos atribuirnos. Empero nos ha parecido honroso intentarlo, o por lo menos señalar el derrotero que otros podrán recorrer con paso seguro.

Creemos necesario presentar a la contemplación de las nuevas generaciones una condensación de las ideas que se debatieron cuando se intentó la organización que nos extrajo de los limbos de la anarquía y del despotismo, producto de nuestros antecedentes y de nuestra posición geográfica.

Una magna objeción se nos presentaba : la que se condensa en " las generales de la ley". En la audición de testigos se excluye a los vinculados por el parentesco. Pero hemos imaginado que la exclusión se refiere sólo a los intereses venales que ventila la justicia. Los bienes muebles e inmuebles que hubieron de repartirse los herederos de Sarmiento fueron tan escasos, que a la fecha se han disipado en el espacio. Los bienes morales e intelectuales fueron de inmediato propiedad pública, la del procomún, resultando en realidad mas nietos de Sarmiento los muchos argentinos que supieron hacer fructificar sus ideas e imitar su desinterés sublime y su honradez de pensamiento. Hoy día Lugones o Rojas encabezarían la falange, compuesta de muchos biznietos, pero con el virus atenuado.

En cuanto a honores y consideraciones, cábenos declarar que jamás nos hemos apercibido que el tal abolengo significase una ventaja. Así debe ser en una república que no quiere recaer en el viejo régimen aristocrático, estando en su lugar el que se transmitan los bienes de fortuna, aun mal habidos, a los herederos por la sangre y nunca los beneficios labrados en provecho de todos.

Entretanto, el testimonio de los íntimos será siempre admisible en juicio, mientras se trate de opiniones, ya que los extraños pueden con entera buena fé formar su criterio en virtud de apariencias externas, mientras el sentido íntimo de muchas acciones tiene su origen y sus resortes secretos en antecedentes y causales que no fueron producidos públicamente.

Para justificar el que tuviésemos un concepto de la personalidad moral de Sarmiento que no siempre coincidiera con el de muchos espíritus penetrantes, nos parece necesario evocar recuerdos que no siendo parte de la historia del país pueden haber caído en el más completo olvido. Lo haremos brevemente y en cuanto al asunto se refiere, no tratándose de restaurar una como foja de servicios que de nada podría servirnos.

Desde la infancia estuve saturado de esa atmósfera que rodea a los hombres eminentes y apenas alcanzaba la mayoría de edad, la necesidad me impuso el deber filial de ayudarle en sus tareas, haciendo absoluto abandono del legítimo afán de crearme una personalidad propia y adquirir el autorizado concepto de que ha menester todo ciudadano de un país libre para desenvolver su ambición y sus anhelos.

Durante quince años no me separé ni un solo día del prestigioso abuelo, quien me daba participación en su enorme trabajo y llevaba su condescendencia hasta hacerme creer en una verdadera colaboración, según la medida de mis alcances y de mi inexperiencia. Pero esa satisfacción debía ser esencialmente íntima y poco o nada habría de trascender.

Con excesiva benevolencia y en forma de agradecimiento por los datos que tuve ocasión de proporcionarle para su « Historia de Sarmiento » nuestro Leopoldo Lugones llegó hasta decir que Sarmiento había preparado este nieto « para que fuese el albacea de su gloria ».

El Congreso argentino por unanimidad me confió la publicación de las Obras, a fin de que fuese continuado el espíritu del autor, acordándome la completa responsabilidad de su selección y arreglo. Ese trabajo fué inmenso, debiendo reunirse escritos esparcidos en América bajo el anónimo y sólo discernibles por el estilo y por la tradición que me era propia. Ello debió imponerme todavía la lectura de cuanto habían escrito por su parte los adversarios y contemporáneos de Sarmiento. Son veinte y tres mil páginas prolijamente confrontadas, revisadas y aclaradas. La labor tuvo el asentimiento tácito del público, ya que nunca se produjo una contradicción y reunió así mismo el mérito poco común de haberse llevado a término.

Hace veinte y cinco años publiqué « Sarmiento Anecdótico », donde he consignado múltiples características llenas de vivacidad que pueden servir al futuro artista que quiera completar el análisis de esa figura. Actualmente preparo una nueva edición en la que me permito agregar algunos episodios que en 1904 hubieran podido ser juzgados como revelaciones inoportunas.

Está terminado el manuscrito de un epistolario con importantes piezas inéditas, complementario de mis esfuerzos dentro del concepto generoso y espiritual de Lugones.

En tales condiciones, me concederia un capital poco común de incapacidad, por decirlo así, el que me negase el derecho y el poder de concebir a mi modo ciertos aspectos de la personalidad evocada.

*
* *

Explicaremos ahora lo que hemos pretendido realizar en la presente obra, así como el motivo de la forma adoptada y el propósito determinante de la selección de los episodios.

La obra de arte accesible al corazón de un pueblo deberá ser una síntesis de que resulten los caracteres esenciales. La obra filosófica que abarcara todas las faces de una personalidad histórica requiere una extensión que desbordaría los límites de la atención y el interés que pueda prestarle un público que no fuese el del Agora, que seguía apasionadamente la fina y trabajada dialéctica de un Demóstenes.

Sarmiento extendía sus vistas sobre todos los problemas de su tiempo y tomó activa participación en todas las tentativas afrontadas para organizar un pueblo que soñara grande, a la par de los más grandes de la historia del desarrollo humano.

Dosde luego, seducía la forma teatral que permite recurrir a la simbolización de las ideas propias del personaje y propias de sus contendores. La forma escénica tiene sus limites de extensión adaptados al esfuerzo físico que pueden alcanzar los actores por una parte, y a la suma de atención del público por otra.

Sería vana pretensión dar vida teatral a una existencia como la de Sarmiento. Su vasto pensamiento, la acción de su larga vida, sin un día de descanso y una labor que sobrepasa el esfuerzo humano, no tienen cabida en un estrecho escenario.

Hemos dado preferencia a ciertos episodios de la juventud, por diversos motivos. El primero se deduce del título adoptado : " El joven Sarmiento ". La juventud del alma fué su carácter esencial y conservó esa virtud mientras duraron sus días.

Durante los años de aprendizaje fué su vida toda de entusiasmo y de vigor, a fin de hacer la guerra alegremente, como él profesaba. Ese vigor y ese entusiasmo correspondían a la parte de ilusión que hace a los héroes. Antes de alcanzar la edad madura, adiestra sus fuerzas y cultiva las grandes ideas que al fin contribuyeron a señalar su derrotero magnífico a la nación soñada. Así el árabe del desierto abriga bajo pedruscos el gérmen de la orgullosa palmera.

Ese esfuerzo gigantesco para surgir de la obscuridad y ensanchar el escenario en que pretendía actuar, trae a la memoria aquella figura del hombre primitivo de Milton, que pugna por arrancar del fango sus miembros inferiores increados.

Para presentar ese aspecto se imponía echar mano de ciertos episodios que sirviesen para encuadrar las ideas madres de que hizo su propaganda, aun corriendo el riesgo de violentar un tanto la cronología y dar a la expresión de tales ideas la forma más acabada y enérgica que obtuvieron después. Semejante licencia poética, llamémosla así, ha servido a todos los dramaturgos; pero creemos no haber abusado en nuestro caso.

Ese escenario permitía evocar algunas figuras que contribuyeron a amalgamar los metales y forjar ese carácter excepcional. La madre incomparable que fué el broquel donde se acuñó la medalla. Sus maestros primarios, esa fisonomía original del presbítero Don José de Oro y los hombres o semidioses de la Independencia, con quienes mantuvo contacto directo. Vedlo rodearse de Las Heras, esa gloria inmarcesible; Domingo de Oro, el espíritu más agudo de su época;

su compañero de infancia el Dr. Aberastain, el mártir sublime del deber cívico; José Posse, el desprendido filósofo, desdeñoso de la popularidad; Vicente Lopez, Tejedor, Mitre, Manuel Montt, Andrés Bello y el mismo San Martin, para no nombrar a todos.

Los hombres son el producto de su tiempo y obedecen al ambiente, por más deslumbrador que resulte su genio. Si cruza nuestro cielo un brillante meteoro, el astrónomo determina su órbita y su destino.

Ese escenario de la edad temprana y tan rápidamente madurada, ofrece otra ventaja para nuestro objeto. Los desterrados actuaron en la época preconstitucional, fuera de la vista de una generación argentina encerrada dentro de barreras de sangre y fuego que no dejasen filtrar las ideas que combatían al caudillaje.

En los honores supremos de su entierro y en la apoteosis de su centenario, Sarmiento aparece como habiendo surgido a la vida argentina en la batalla de Caseros, del mismo modo que nació Minerva con todas sus armas, del cráneo de Júpiter. El mismo Pellegrini, que hizo una oración fúnebre de suprema belleza, no menciona la larga y fecunda preparación del hombre de estado y propagandista.

Era ciertamente ardua empresa la de expresarme en idioma nunca ensayado, cual es el del arte dramático. Como todo lector, me doy cuenta de los admirables recursos de ese arte, como puedo admirar en toda su intensidad la belleza de una estatua, sin conocer la técnica del escultor.

Las ideas que deseaba exponer estaban en línea; pero al convertilas en acción debia estrellarme contra dificultades técnicas apenas entrevistas. El escenario escrito de primera intención quedaba informe y puesto, por decirlo asi, en salmuera, cuando se me anunció la venida de Joaquin de Vedia, cuya autoridad en materia teatral está consagrada.

Relaciones amistosas con posesión más que trentenaria me autorizaban a pedirle su colaboración en obra que interesaría igualmente su patriotismo.

El fondo de las ideas traían su defensa en la sinceridad que este amigo me reconocía de muchos años y

se abstuvo de criticarlas. Tuvo, empero, ocasión de proponerme ciertas indicaciones que debian mejorar el efecto escénico, aclarando tal o cual situación o darle perspectiva mediante episodios al parecer accidentales. Esas valiosas indicaciones fueron aceptadas y puestas en obra aun alargando la tesis.

Disentimos, sin embargo, en un punto importante. La tradición teatral exige la exposición de lo amatorio y suele opinarse que no tendría interés alguno una pieza en que no apareciera ese resorte animador de grandes y nobles instintos. El público va al teatro a tomar un baño de ilusión amorosa.

En mi concepto, se trataba de hombre excepcional y el espacio escénico era escaso para exponer lo que hace de Sarmiento un fenómeno humano.

La ausencia no ya de galanteos sino hasta de amor en mi escenario, me servía para caracterizar la poca o ninguna influencia que tuvieron en su vida pública y en el curso de sus ideas, pasiones de órden privado que no le fueron agenas, pero que entraban en la categoría de aspectos de la vida sin relación con el asunto principal.

La unidad de acción como ley dramática imprescindible, ha caido en desuso; pero esa regla en manera alguna es despreciable. El protagonista era, pues, Sarmiento; pero el asunto del drama era la patria argentina sumida en la barbarie, mientras sus hijos preclaros, dispersos por toda la América, trabajaban para conducirla hacia sus gloriosos destinos.

La vida pública del protagonista hubiera ella sola desbordado la materia de diversos dramas. El asunto era grandioso en demasía para cercenarlo todavía en provecho de la descripción de una modalidad, simpática sin duda, pero tan agena al asunto, como es de común a todos los hombres, a los civilizados como a los bárbaros, a los virtuosos como a los criminales. Quien quiera que tú fueses, el amor ha sido, es y será tu amo y señor; pero al lado del amor pueden otros asuntos inspirar la obra de arte.

Para traducir las ideas de Sarmiento en la época elegida, disponemos de una documentación abundante

que no ofrece otra dificultad que la de seleccionar, y sólo inventando podría traicionarse lo verdadero.

Los amores de Sarmiento no han trascendido y sus biógrafos han escrito novelas para apelar a ese elemento de curiosidad o de interés y si lo han hecho, es en libros donde se dispone de todo el espacio, sin sacrificar ideas importantes.

No existe correspondencia amorosa de Sarmiento, ya lo diremos más adelante. ¿ Habrá escrito ?¿ Le habrán escrito? Es probable, suponiendo que los métodos de tramitar una pasión amorosa fuesen los mismos en todos los tiempos.

En ausencia de una documentación original que nos demuestre lo contrario, debemos suponer que, enamorado, un Sarmiento pudiese haber sido igual al ejemplar más tonto que se extragera de la majada humana y no faltan ejemplos que demuestren que en materia amorosa un hombre de talento puede mostrarse menos brillante que un tonto de patente.

Esa parte amatoria de las biografías nos parece falsa, porque faltan hechos ignorados del autor y desdicen con lo que inventa su brillante imaginación.

El único confidente suyo en la época juvenil de las pasiones, era Don José Posse, quien nunca cometió la indiscreción de decir lo que su amigo no dijo al público. Posse y Sarmiento consideraban el amor como asunto a debatir entre dos interesados que no deben la confidencia a nadie. Si es una mala acción y hasta una felonía el que uno de los protagonistas revele a indiferentes la secreta confidencia, no siempre será acto de delicadeza inventar incidencias para divertir al público. El trato del grande hombre me enseñó a no poner la mano en el secreto ageno.

Hemos visto a Sarmiento en sociedad, iluminado por la belleza femenina, emplear gracias infinitas y delicadezas que sus contemporáneos, admiradores o detractores, nunca sospecharon en el robusto atleta que daba su batalla diaria por el ideal superior. Adoraba descansar su espíritu en la confianza de sus amigas o parientas, en la gracia inconsistente de la charla femenina. Fué su grande obra elevar la condición educacional de la mujer. Pero si ha sufrido mi-

serias o si su alma entusiasta se ha exaltado, estamos persuadidos que su lote en el mundo de las ilusiones fué el del común de los mortales. Sus talentos sociales fueron inimitables y teniendo conciencia de su mérito fugitivo ¿ quien se atreve a imitarlos?

Debia calzar algunos puntos aquella que fuera la orma de sus zapatos y sabemos por ejemplos ilustres cuán desgraciados fueron los amores entre eminencias intelectuales. La Bella y la Bestia son el símbolo inmortal de ciertas parejas sometidas a la función que el genio de la especie les encarga. Entre ambos, alguno será a su turno la bella o la bestia... o tendrá que hacerse la bestia.

Encontró Sarmiento corazones femeninos que compadecieron en él la inmensa desgracia de ser presa de un ideal intangible. Él mismo presenta por ahí una lista de « esas sensitivas humanas » que le anunciaban la gloria para después de la tumba. " Oh! Magdalena, exclama, te levantarás la primera a preparar el cadaver querido para el reposo eterno. Si hay detrás la inmortalidad de la gloria, las lágrimas estarán demás. "

Encabeza esa lista su santa madre, evocada para que contemplase el anuncio de esa gloria.

¿ Pondríamos en escena esa falange exelsa? Para quienes vinieron en pos sería trabajoso trepar esas cimas. A quienes no poseen el manejo de una lira refinada, les será peligroso traducir esos acordes sin caer en disonancias. Si un dramaturgo lo consiguiera deberá presentarlo ante un auditorio algo reacio para conceptos de intelecto puro como los que Platon celebraba. No obtendría sino derramar dormideras abundantes sobre un público inocente, pues tengo para mí que el lirismo puro no es para teatro, sino confitado en música.

Para estar conforme a la naturaleza y a la verdad, las pasiones normales de la juventud son las únicas admisibles.

Los años juveniles de Sarmiento se desarrollaron en la pavorosa aventura de vivir en la miseria y para absorver toda la actividad del espíritu estaba la gigantesca empresa de expulsar la tiranía.

No se concibe que tuviese tiempo para prestar oído a la música divina que en su alma cantara. Para los míseros desterrados no era época para deslizar su vida

A l'ombre des jeunes filles en fleur.

Recordaremos un episodio singular. Preparando su campaña contra Rosas, el General Urquiza se presentaba en la tertulia de sus secuaces, vestido de paisano. Una noche se apareció en brillante uniforme de general francés y explicaba : no quiero que me critique " el viejo Sarmiento ".

El trabajado aspecto de Sarmiento autorizaba ese concepto, pero tenia cuarenta años de edad y Urquiza cincuenta. Asi prematuramente habia alcanzado la edad madura que excluye ciertas calaveradas.

Pueden suponerse en Sarmiento aventuras de la imaginación y entusiasmos fugaces de la fuerza juvenil; pero habrán de inventarse, tanto en su fondo como en su forma, para ponerlo en escena.

En toda su vida no hizo un verso, malgrado haber pretendido Alberdi que era de Sarmiento una poesia que fuese sometida a su critica. Sospechamos que en su ancianidad había olvidado en que consiste un verso. Solía citar conceptos cincelados en verso en alguno de los idiomas que frecuentó, merced a su prodigiosa memoria, pero al comprobar esas citas en nuestra compilación hemos hallado casi siempre inexactitudes de versificación.

Tenemos de Sarmiento la afirmación de no haber escrito un verso; pero es lícito afirmar que era poeta. Su prosa está impregnada de sentimiento poético y hubo quien dijese que tendríamos un himno nacional el día en que se diese forma poética a su discurso sobre la Bandera. Tiene evocaciones sublimes. Vaticinaba, proyectando la luz de su intelecto sobre las profundidades del porvenir.

Ese cerebro desbordante ha dejado huellas profundas en los dominios morales que ha transitado. Se recordarán mucho tiempo las efusiones de su amor filial. La amistal fraternal para con sus compañeros de lucha fué intensa y su gratitud para quienes le ayuda-

ron y protegieron, nunca ha mermado en elocuentes recuerdos. Pero en todos sus escritos brilla por su ausencia el amor.

Sus virtudes fueron apasionamientos.

No seria extraño que hubiera sido amante apasionado; pero jamás se ha publicado una página amatoria suya y en el archivo de sus papeles no se encontró uno que comprometiese el renombre de una dama, quedando en el secreto de la tumba, quizas, alguna página de lo más profundo de esa alma que buscaba y hallaba consuelo y esperanza en el abismo de bondad que es el corazón femenino.

Lo que es dado suponer es que, si alguna vez estuvo enamorado en su juventud, lo estuvo sin perder el juicio. Su inmensa actividad intelectual podía muy bien distraerle de amoroso afán.

Muchos varones ilustres en las letras y en la politica han dado tanta importancia a la vida galante que a veces parecen atacados de satiriasis. En una región y una epoca más primitiva de nuestra América, hemos conocido a un Coronel que se habia apoderado del gobierno con una revolución de cuartel. Sus secuaces solían comentar sus hazañas amorosas y hemos oído numerar sus atentados. Parecía que el poder tenia por primer aliciente satisfacer los instintos de la bestia. Entre nosotros hemos tenido Presidentes excesivamente afectos a las faldas, sirviéndoles el explendor de su alto rango para atraer mariposas, o hacerse pagar servicios oficiales. Con esos caballeros y sus aventuras podrían hacerse zarzuelas divertidas sin mucho respeto para con sus servicios reales, pero haciendo algo verosímil por lo menos.

En ese dominio Sarmiento no ha hecho escándalo y por el contrario ha observado la más caballeresca discreción. ¿Porqué habrá de incumbirnos a nosotros inventar episodios? ¿Y si algo supiésemos de verdad, por qué habríamos de ser nosotros los indiscretos?

Los biógrafos a que hemos aludido han resumido su novela en torno de la separación de Sarmiento con su esposa, la madre de Dominguito, fraguando o recogiendo dudosos relatos.

Llegado a la edad madura Sarmiento intentó fundar

un hogar, cumpliendo el deber de caballero de dar sanción a una situación creada, habiendo perdido ya la ilusión amorosa. El ensayo fué un infierno y la separación se hizo sin sanción legal y sin deslindar los bienes de la comunidad, lo cual impidió más tarde cumplir su voluntad testamentaria. Él creía haber sufrido un irreparable ultraje, pero no quiso nunca hacer escándalo. Esa es la historia y lo demás pura novela.

Si se concretase el dramaturgo a lo verdadero, en cuanto a escenas amorosas, no concebimos qué podia ganar en nobleza una obra que no contiene una palabra ni un concepto aventurado.

Seguro estoy de no haber en mi trabajo justificado la pretensión de realizar la obra de arte digna del asunto y del público a que está destinada, pero debia preocuparme, al empuñar la pluma, de las reglas esenciales del género que abordaba.

La primera de todas es la tónica; cierta unidad que realizara la idea predominante a la que deben armonizarse las accesorias. Una sinfonía es en mi bemol, por ejemplo: una estatua es heroica, o meditativa, o sólo expresa la pura belleza del animal humano.

Se hacen evidentes los inconvenientes de introducir pasiones amorosas donde el asunto predominante no las requiere y forman contrastes que amenguan la tónica. No nos ataquemos a obras mediocres. Asi, Poliuto, convertido al cristianismo y desmoronando los dioses de la ciudad, deja la impresión de no haber sido arrastrado por un raciocinio superior, sino más bien por una pasión inferior al problema religioso.

No discuto la obra de Corneille:

Je vois, je sais, je crois, je suis désabusé,

pero francamente la fé cristiana merecía motivos más ideales que una pasión amorosa capaz de hacernos cometer disparates. Si fuera todo un cristiano el que se hiciese idólatra por amor a su bella, estaría también dentro de lo verosímil, pero la idea religiosa quedaría amenguada.

Escenas pasionales, intrigas amorosas, idas y ve-

nidas de los preciosos ídolos, sin contar el abandono instintivo de ellas contenido por la prudencia, habrían de mezclarse y sacrificar la exposición de ideas de que dependía la miseria o la grandeza de esta nación que es nuestra familia y nuestra alma.

El asunto elegido tiene nobleza suficiente para excluir asuntos secundarios. El protagonista resulta el más adecuado por la universalidad de sus talentos y cinco actos son insuficientes para exponer a tal asunto y a tal personaje.

El secreto de los amores de Sarmiento es un secreto a voces. Está estampado en todos los actos de su vida, ha llenado su alma hasta desbordar y lo ha reasumido con decir que el patriotismo es el amor humano sin la carne.

La obra de arte que presentase la fisonomía moral de un Sarmiento obedecería a un propósito predominante, cual sería el patriotismo que sacrifica todo sentimiento humano y todo interés individual a la realización del ideal soñado. Por cierto que Sarmiento ha amado, ha sido un hijo ejemplar, un hermano, un amigo abundante en generosidades y cariños, en afanes y dolores. Hasta el arte de ser abuelo podría darme tema para un drama, si no estuviese cohibido por la preocupación de no ponerse en evidencia a sí mismo.

En mi drama me propuse no tocar el asunto de otros dramas. Es lícito poner en escena todo asunto de amores, pero el dramaturgo elegirá sus prototipos donde esa pasión fuese dominante y abundante.

Sírvanos de ejemplo un personaje que tiene mucha analogía con Sarmiento. El Rey Enrique IV era dotado de la misma espontánea originalidad y tenía el mismo verdor sabroso de expresiones. Fué el espíritu más fecundo de su época y se anticipaba hasta concebir la Sociedad de las Naciones. Su heroismo y generosidad fueron materia de la epopeya. Con todo eso era el hombre más enamorado y sin la parte amatoria, sería una pobre figura la que se presentara no siendo ya el Vert Galant legendario. Tampoco se puede prescindir de amores cuando estos son asuntos de estado.

Hace poco, Sacha Guitry, con éxito y talento ha puesto en escena la vida de Pasteur y su lucha patética

para hacer triunfar su inmenso descubrimiento. En esa pieza no aparecen amores y sería difícil encontrarle al autor un rival en la abundancia y osadía de sus situaciones amorosas.

Tales raciocinios y otros que ahorro al lector, ocultarán talvez la conciencia que tengo de ser incapaz de someter mi espíritu a la indisciplina que permite tocar cosas vedadas y jugar al football con la verdad. He recordado haber llenado un grueso volúmen con los chispazos de ingenio de Sarmiento, en la forma anecdótica. Recien me apercibo que tratando en mi drama, en la medida de mis alcances, asuntos harto elevados, no se me ha ocurrido el fácil recurso de apelar a ese arsenal de ingenio y de genialidades.

Joaquín de Vedia se mostraba irreductible. En el concepto de alcanzar un éxito escénico, debia interesarse al publico con lo que acostumbra y exige.

Era él la persona más competente y esa precisamente la materia de la consulta. Lo peor del caso es que yo también siento que tiene toda la razón mi amigo y buen consejero.

Había elegido la forma dialogada como la más adecuada para condensar ideas y la acción teatral por la vida intensa que desprende.

Pero se puede escribir una pieza de teatro y no representarla en la escena. El lector puede aprovechar la concisión y la concentración de pensamientos, sin exigir la fantasmagoría del escenario.

No escasean ejemplos de piezas dialogadas que no fueron destinadas a la escena. Alfredo de Musset hizo su teatro con el título de "Espectáculo para la poltrona" y ensayadas en las tablas han resultado obras incomparables. Ha pasado casi un siglo sin animarse a representar *Lorenziacco* tenido como la más poderosa evocación de una época. Con todos los recursos de la Comedia Francesa este año se ha dado esa pieza con franco mal éxito.

Lo que he podido alcanzar como vía de transacción ha sido una breve explicación entre Sarmiento y su íntimo Posse para desligarse de preocupaciones amorosas y una declaración un tanto poética y un poco irónica hecha a una dama y tomada de una página au-

téntica puesta en el album de la que fué joven al mismo tiempo que el galan.

Tenía 75 años el que escribía "la Pluma Dorada" y está lejos de ser una declaración senil ese recuerdo bañado de juvenil poesía, demostrando que un corazón como el de Sarmiento, no podía envejecer. Ofrece esa pieza la inestimable ventaja de haberle dado publicidad el mismo Sarmiento, lo que aquieta nuestros escrúpulos y nos proporciona el agrado de propinar al público goloso, aunque fuera en dosis homeopática, un poco de amor que llevar a su casa.

Tenga presente el benévolo lector y amado compatriota, ante todo el sano propósito que me impulsa. Refleccionará que escribiendo desde el otro mundo para un público que puede haber evolucionado en sentido contrario a los rumbos que son familiares al autor, se halla éste en la situación de aquella penitencia de los juegos de prenda en que alguno declama con los brazos atados y otros hacen los gestos para producir contrastes de hacer reir.

*
* *

Tal es el trabajo que tengo el honor de presentar al lector argentino y tales los motivos que me indujeron a intentarlo.

Para pintar a Sarmiento en esa época de su vida, podían elegirse otros episodios igualmente característicos. Puede también un arte superior podar un mayor número de ramas del árbol frondoso, para conseguir más vigor en la expresión. El hombre orquesta, como solia llamársele, puede dar tema a diversas sinfonías y con muchos bemoles; pero parece que el mucho podar daría un resumen asaz esquelético.

Cuando hubo de inaugurarse la estatua de Rodin en 1900, fuí a ofrecer mis servicios al Presidente de la República, General Roca, a quien hallé escribiendo su discurso. Me mostró como treinta carillas de letra menuda y la pieza oratoria iba muy por los comienzos de la vida en el destierro y le apuraba la fecha de la ceremonia. Como dijera Plinio a Trajano, no tenía tiempo de ser más breve. Convinimos riendo en que a

ese paso tendría que mandar buscar papel en el barrio. El Señor Presidente no conocía lo que experimentó después en el mausoleo de Belgrano, cuán desastrosos son los largos discursos. Se concretó en su calidad de Presidente a hablar del Presidente. A pesar de algunas travesuras de su primera presidencia, Roca tenía profunda admiración por su predecesor en la silla de Rivadavia y salió discretamente del trance.

Este episodio no es una disgresión extemporánea por cuanto demuestra el esfuerzo que demandaría abordar todos los aspectos de vida tan fecunda. Me sugiere también que podría señalarse como una noble ambición el que un futuro dramaturgo hiciera una pieza con sólo la presidencia de Sarmiento, siempre que pudiese prescindir de introducir en ella los afanes amorosos que ninguna cabida tienen en ese período.

Una rápida ojeada puede justificar semejante insinuación. No puede decirse que la elección presidencial de 1868 fuera una resultante de su popularidad y de una mayoría simpatizante. La mayoría en el Colegio de Electores sólo excedió de un voto el número requerido y entre esos votantes los hubo que votaron contra Elizalde y la oligarquia porteña y otros contra Urquiza que había gobernado demasiado. Puede decirse que esa presidencia fué la obra de un obscuro presentimiento, de esos que suelen conducir a los pueblos, mal de su grado, hacia la realización de sus destinos.

En la historia de las democracias no habrá habido ejemplo de un hombre más preparado para la suprema magistratura por tan variada experiencia y una más noble ambición. Como su santa madre había edificado su casa adove sobre adove, asi Sarmiento había formado, piedra sobre piedra, su personalidad. En todo tiempo se había apoderado de los elementos que habían de templar su alma para ascender a la codiciada cumbre, " donde se siente más el embate de los vientos y el vano tronar del rayo".

Ningún Presidente ha sido combatido con más rudos denuestos y ninguno habrá dado a todos tanta libertad, hasta la libertad de abusar de la libertad.

Estuvo lejos de poder realizar el vasto plan polí-

tico que tenía concebido. Cuando hallaba resistencias insuperables, tascaba el freno y se contentaba con abatir les barreras por donde otros habrían de pasar después. Logró, empero, avanzar más allá de todo cuanto se conocía en esta América y dejó fundada la autoridad del gobierno.

Las fuerzas morales desplegadas fueron imponentes y formarían, en cuanto a historia, un cuadro digno de Macaulay y de Shakespeare en la poesía excelsa de los altos destinos del hombre.

No menos digno de contemplación sería el cuadro de su ancianidad.

Despojándose de la corona de espinas que las democracias colocan sobre la frente de sus soberanos ocasianales, bajó de la eminencia a empuñar el arado y zurcar la tierra, predicando sin cesar sus ideales, en medio de los desfallecimientos y desvíos que sobrevinieron, convencido de que un pueblo perece cuando se logra persuadirle que está corrompido. Continuó su labranza dentro de su voluntaria pobreza, cuyo ejemplo pretendía dejar como un legado.

Hasta el último de sus numerosos días se conservó el joven Sarmiento y en medio de su ardorosa propaganda, en que no escaseaban invectivas y cóleras, solían surgir páginas de adorable frescura. Parecía en los últimos tiempos, que ese raudal cristalino fuese la exhalación de un alma que se despide de cuanto ha amado y provenían en realidad esos encantos de no haber dejado nunca de ser joven.

El ideal inmenso de que fué propagandista puede reasumirse en el afan de mejorar la condición moral e intelectual del hombre así como su bienestar y debemos reconocer que durante el tiempo en que actuaba, los resultados que fueron adquiriéndose le daban satisfacciones capaces de hacerle reverdecer en un germinal siempre renovado. Pero en la obra de hacer participar al mayor número del festin de la vida, sólo pudo gozar de esos bienes a hurtadillas.

Al entregar su alma serena, en medio de los días luminosos que fué a buscar en el Paraguay, vislumbraba que muchos de los progresos realizados llevaban su nombre gravados en su piedra angular y pidió

como recompensa que sus restos fuesen sombreados por un momento por la bicceleste y blanca, las fajas similares uruguayas, la estrella solitaria de Chile y la tricolor del Paraguay.

Su patria había asistido casi indiferente a la continuidad de su labor durante tantos años, contemplando al obrero que amasaba el barro de la obra sublime, sin parecer sospechar la grandiosidad del esfuerzo.

Derruído el coloso, pudieron medirse sus dimensiones.

Del seno infinito de la memoria popular empezaron a alzar su vuelo las ideas soberanas a la par de los chispazos de ingenio, los servicios grandes y menudos que formaron el programa de su patriotismo. Todos reunidos, como blancas aves simbólicas, fueron a estamparse en nuestro cielo, como una via láctea.

Entonces, la patria de Sarmiento se puso toda entera de pié para acojerlo en su seno.

A la sombra de los colores de cuatro naciones, hermanadas en reconocer sus servicios, descendió de las magnificencias tropicales, sobre los ríos soberanos, cuya libre navegación fuera su idea primordial, portado por una nave de la escuadra que había organizado, escoltado por Jefes de mar y tierra salidos de su Escuela y entre cánticos de un millón de educandos, retornó a descanzar en el corazón de la República, en modesto mausoleo, adecuado a la austeridad de su vida.

Esta evocación puede ser presentada como tema para quienes intentaren hacer vivir de nuevo a uno de los padres de su patria.

A. BELIN SARMIENTO.

Ætatis suæ LXXV.

San Francisco del Monte.

El Joven Sarmiento

ACTO I

San Francisco del Monte de Oro, 1826.

(La escena tal como está en la acuarda de Eugenia Belin Sarmiento publicada en 1911, — pintada con indicaciones de Sarmiento para situar la plegaria del cap. V del Facundo. Sobre un collado el caserío de Camargo. Algarrobos, árboles de peje aromáticos, tunales. — Un arroyuelo se desliza en cascada diminuta.)

ESCENA I

ERNESTO CAMARGO, CIPRIANO GATICA.

Camargo, 50 años. Hombre culto y de ciudad con cierta elegancia en el vestir campesino.
Gatica, 65 años. Tal como lo describe Sarmiento al final de este acto. Venerable y atrayente, iletrado pero reflexivo. Ejerce una especie de sacerdocio y es árbitro entre los paisanos.
Ambos están sentados y ceban mate.

GATICA.

Ah ! Señor Camargo! qué tiempo hace que de azúcar, ni noticias. Cimarron es mejor ; pero cuando se nos acabe la yerba, ¿ qué será de nosotros?

CAMARGO.

Bien sabe Vd. Gatica, que conseguimos de tarde en tarde un fardo de los arrieros que pasan. En canje de cueros nos traen para vicios y hasta un poco de pólvora que no gastamos en chimangos, teniendo que escarmentar a los indios.

Tan escasos de recursos como estamos en este asilo, no se habrá fijado Vd. en la bendición que es para nosotros la

abundancia de cueros. Es un artículo que los puebleros emplean poco y es la providencia de los campesinos. Es un artículo universal.

GATICA.

¿Y prodrá reemplazar la yerba ?

CAMARGO.

La yerba nó. Pero tantas cosas reemplazamos, que bien podremos encontrar como tomar mate con obras yerbas.

GATICA.

Sabe que no me había fijado en los beneficios del cuero.

CAMARGO.

Hacemos casas con cueros vacunos. Cuando los pampas vienen en número, se las abandonamos. Las destruyen, pero no se llevan los cueros. Siendo aqui escasos los clavos, inaudito el alambre, no sospechadas las cuerdas de cáñamo, el cuero humedecido nos proporciona toda clase de cordaje, y crudo amarraduras que ni el tempo afloja, para suplir escopladuras, ensambles, remaches y clavos. Las puertas de las casas, sacos, odres para líquidos y toda clase de envases, siempre el cuero. Asientos y camas son de cuero.

GATICA.

Claro está. También los arneses, riendas tegidas, lazos. Nos falta poco para estar vestidos enteramente con cuero. Pero, señor mío, con ese cuero de que salen tantas correas, podemos perder el recuerdo de las industrias civilizadas.

CAMARGO.

Cierto es. Nos acercamos a la vida salvaje. Pero lejos de las acechanzas que amenazan la vida, conservamos cierta libertad.

ESCENA II

(LOS MISMOS. UN MOCETON A CABALLO.)

EL MOCETON (*sin apearse*).

Señores. Se divisa una pequeña polvareda por aquél lado. No pueden ser más de cuatro gentes y no tardarán en acercarse.

CAMARGO.

Haga decir a los vigías que avisen de toda novedad, por si esos ginetes anuncian a otros. Vaya, amigo.

ESCENA III

CAMARGO. — GATICA (*están de pié y pasean*).

GATICA.

Si fuese un ataque en regla, ¿no seria prudente mandar pedir auxilio a la Capital?

GAMARGO.

No me parece. El gobierno no puede defenderse a sí mismo y en ningún caso distraería fuerzas. No tenemos más recurso que resistir si somos los más fuertes, o bien ganar monte como lo tenemos arreglado.

GATICA.

Vd. puede contar con el Gobernador. Me parece que a Vd. le porta respeto.

CAMARGO.

El Dr Don José Santos Ortiz, digno Gobernador de San Luis, es hombre ilustrado y de todo respeto y grande amigo mío. Para apartar el desorden y la anarquía, hará lo imposible; pero los posibles de esta pobre Provincia no alcanzan para salvarse de bandoleros que se dicen caudillos políticos. Los de Miguel Carreras los recibimos en batalla campal, no siendo los nuestros más de quinientos contra mil quinientos. Nos fuimos en derrota a buscar ausilio y cuando estuvimos de vuelta, los tales habian pasado. San Luis no les ofrece ningún atractivo, pero cuando pasan por ahí no dejan titere con cabeza. En esta localidad estamos fuera del camino a San Luis y esta es nuestra mejor seguridad.

ESCENA IV

LOS MISMOS, OTRO MOCETON.

EL OTRO MOCETON (*se apea*).

Señor, se divisan a los que vienen. Son dos, con una mula de carga. No tienen ni lanzas.

CAMARGO.

Gracias, amigo, por la buena noticia.

ESCENA V

CAMARGO, GATICA (*se sientan al fogon*).

GATICA.

Dicen pos ahí que el Señor Rivadavia no tiene ya como sostenerse en el gobierno de Buenos-Aires. Y que del interior empiezan a mostrarle las espaldas.

CAMARGO.

Es muy posible. Ya se han despachado al que mejor seguía su politica en el interior. El Dr Salvador Maria del Carril està derrocado y San Juan es pura anarquía y terror.

En Mendoza impera el Fraile Aldao, borracho y loco. Aquél Juan Facundo Quiroga quien tanto ayudó aquí, siendo preso él mismo, à sofocar la rebelión de los españoles prisioneros, se ha establecido jefe de bandas y comete atrocidades al grito de: Religión o Muerte!

GATICA.

Y de religión, ni pizca. ¿Qué hace la religión en manos sangrientas?

CAMARGO.

Puede Vd. contar con que muestro Gobernador serà el día menos pensado forzado a abandonar su Provincía a la anarquía que amenaza a toda la República.

Vamos, Señor Gatica a nuestras obligaciones. Recojamos nuestros ganados.

GATICA (*marchando*).

Vamos, pues. Tengo para mí que esto no puede durar. El paisano en el fondo es bueno y generoso y conserva alguna nobleza de sa raza. Lo que sucede es que a los pobres no se les ha enseñado nunca nada ni religion. Le *único que se les* ha hecho entrar y con sangre, es que deben obedecer. Y qué quiere mi amigo, el paisano obedece y signe al que manda y toma entusiasmo cuando se le engaña con grandes palabras.

CAMARGO.

No olvide llamar a rezo con su campana.

(*Salen ambos.*)

ESCENA VI

LA ROSA CAMARGO.

Niña de 16 años, fornida, risueña y agraciada. Anda atisbando, husmeando el horizonte y al ruido de las cabalgaduras se esconde tras de un tunal.

ESCENA VII

JOSÉ DE ORO, SARMIENTO, LA ROSA CAMARGO.

El capellán D. José de Oro, 55 años. Alto y atlético. Un gran manto sobre el hábito oculta un sable. Pistolas en las pistoleras. Pellones. En Recuerdos de Provincia hallaranse indicaciones pare este caracter. Su verba altisonante.

Sarmiento mocetón de 15 años.

Arrean una mula con carga.

Llaman golpeando los manos. Se adelanta la niña Rosa.

JOSÉ DE ORO.

Buenas tardes, Señorita. ¿ Quiere Vd. tener la bondad de decirnos si es por aquí San Francisco del Monte de Oro ?

LA ROSA.

Si, Señor Padre. Es aquí mismo el pueblo.

JOSÉ DE ORO.

¿ Como así, el pueblo ? no veo más que una habitación.

LA ROSA.

Están por aquí no mas. Son muy muchas casas.

JOSÉ DE ORO.

¿ Como cuantas ?

LA ROSA (*contando con los dedos.*)

Son más de diez.

SARMIENTO (*en tono de chanza.*)

La señorita no sabe contar. ¿Como hará para saber los años que tiene? Solicito el honor de enseñar a la Señorita a contar.

LA ROSA (*sin enfado*).

Bien sé los años que tengo y se me hace que son más que los de usía y algo podría enseñar a usía. ¿Quién es Vd.?

SARMIENTO.

Me llamo Domingo Faustino Sarmiento. He cumplido quince años. En la Escuela de la Patria me llamaban el Primer Cuidadano y tengo resuelto enseñar todo cuanto yo sepa. ¿Está Vd.?

JOSÉ DE ORO.

Vamos, chicos. No reñir. Señorita ¿conoce Vd. a Don Ernesto Camargo, de este pueblo?

LA ROSA.

Si es mi tata. Soy la Rosa Camargo y tengo dos hermanos mayores que no saben contar los porrazos que dan a otros. Señor Cura, mi tata no puede tardar. Se oye *chivatear* en el monte.

Dígnese apearse, que voy a prevenir a mi tata.

ESCENA VIII

JOSÉ DE ORO, SARMIENTO.

(Se apean y manean. Sarmiento arranca un gajo de arbolillo, lo aja y frota entre les palmas.)

SARMIENTO.

Hum! qué perfume! Es como el "pajaro bobo" de nuestra tierra.

JOSÉ DE ORO.

Todo recuerdo grato al corazón se traduce en sensación perfumada. Este es el árbol peje.

SARMIENTO.

Esto se parece a nuestro San Juan; pero más húmedo. Allá no se conocen arroyuelos libres que cantan como éste.

JOSÉ DE ORO.

Es la humedad montañosa. Cuando conozcas los valles de nuestra Cordillera, hallarás semejanzas. Pero, óyeme unpoco. Estabas de broma con esa chica que no parece arisca. Es muy

de tu edad; pero no olvidar que desterrados, debemos ganar la voluntad de estas gentes, sencillas y bondadosas, según me han dicho.

SARMIENTO.

Estaba de broma; pero tanta ignorancia en gente cristiana me crispa y me hace sufrir de veras.

JOSÉ DE ORO.

Para enseñar un poco es menester saber mucho de lo que a ti te falta. Si este refugio hubiese de ser duradero, lo aprovecharemos para enseñarte lo que tengo aprendido.

SARMIENTO.

Seré un discipulo muy aplicado. Pero ese poco que yo sé, me parece tan sencillo enseñarlo a otros jóvenes como yo! Aprenderé mejor lo que Vd. se digne enseñarme, aplicándolo como ejercicio, amen de la obra de misericordia que Vd. recomienda de enseñar al que no sabe.

JOSÉ DE ORO.

No es tan mala tu idea. Si se esparciera la sabiduría con la misma facilidad que se propaga el mal, se remediarían muchas de las penas que afligen a la humanidad.

ESCENA IX.

CAMARGO. — JOSÉ DE ORO. — SARMIENTO.

CAMARGO.

Señor Cura. Sea Vd. el bienvenido en mi pobre hogar.

JOSÉ DE ORO.

José de Oro, clérigo indigno. Fuí Capellán del glorioso ejército de Los Andes. Mi sobrino Domingo Faustino Sarmiento. Huyendo los horrores que afligen a nuestro San Juan, el Exmo. Señor Gobernador de San Luis se ha dignado permitirnos residir un tiempo en su jurisdiccion. Hé aqui el permiso en regla (1). Su Excelencia misma me ha permitido invocar su nombre cerca del Señor Camargo como invitado suyo.

(1) El educacionista Czets ha fotografiado el permiso original del archivo de San Luis.

CAMARGO.

Mucho me honra el Señor Gobernador. Pero las prendas del Señor Capellán de Oro eran bastantes para hacerle acoger con respeto, aún cuando hubiese sido otra la voluntad de su Excelencia.

Me permitirá Vd. dar órdenes y disponer cosas demasiado sencillas para tan honorable huesped. (*Exit Camargo.*)

ESCENA X

JOSÉ DE ORO, SARMIENTO.

JOSÉ DE ORO.

Míra, chico. Para saber algo y aplicar el saber en cosas útiles, es indispensable comparar las ideas con los hechos. Necesitamos disciplinar el espiritu y adquirir un método, de manera de asentar el pié sobre un peldaño antes de trepar a otro.

SARMIENTO.

Señor! Señor! Siento ansias de saberlo todo. Me doy cuenta que en la bendita Escuela de la Patria solo me dieron el instrumento poderoso para aprender y me devoro cuanta lectura cae en mis manos. He leido librotes abominables que no han dejado en mi espíritu sino fábulas y cuentos. Pero estoy convencido que hasta el error contiene partículas de verdad.

Me enseñaron que era ridículo pensar en que la tierra gira en torno del sol, porque cada uno puede ver con sus ojos acostarse el sol y dejar la noche detrás. El error de nuestros sentidos está demostrado; pero se necesita insolencia para venir a decirle a uno que la tierra no es redonda y decirlo en América cuyo descubrimiento ha dado la evidencia de ser la tierra redonda (1).

Perdóneme, tío; pero tenemos que confesar que la Biblia misma está plagada de mentiras.

JOSÉ DE ORO.

Misericordia! Señor! Este niño es capaz de acometer a los

(1) El cuaderno donde se enseñaba esto a Sarmiento lo hemos depositado en el Museo Histórico.

Libros Sagrados. Hombre, no te metas en honduras. No es de tu edad. Deja eso para más tarde.

SARMIENTO.

No me meto con nadie y hablo con Vd. con todo respeto, para que me instruya. En todo caso, la Biblia es la religión de los Judíos y no creo capaz a Nuestro Señor Jesús de enseñar que Josué detuvo al sol y para semejante patraña de haeer que unos bandios pudiesen exterminar a otros.

JOSÉ DE ORO.

Todo eso lo hablaremos despacio. Quiero decirte y muy seriamente que hacer alarde de incrédulo y mortificar los sentimientos agenos, es siempre una imprudencia.

SARMIENTO.

Pero si estamos solos y hablo con Vd. como conmigo mismo. Habré de morderme la lengua antes de herir a nadie en sus creencias. A mí meparece indispensable para ser buen cristiano hacer uso de la razón que Dios nos ha dado. Bien sabe, mi señor tio, que mi madre es todo para mí. Ella me ha repetido que tendré siempre su aprobación mientras no vaya contra mi patria ni contra mi conciencia. No puedo impedir que ciertas patrañas vayan contra mi conciencia.

JOSÉ DE ORO.

Bueno, Bueno. Habrá modo de discutir. Llegarás a convencerte por ti solo del alto valor espiritual de la vida humana. Dios será siempre bueno a los ojos de los que están llenos de amor. El universo será siempre grande para quienes no se contentan con pequeñeces y será bello, por encima de todo lo bello, para quienes elevan a lo alto su vista. Las contradicciones vienen de nuestra ignorancia.

No ha sido solamente, querido, para apartar tu juventud de desordenes sin gloria que te he traido. Prometí a tu madre ser un maestro para ti. No pienso ser exigente, ya que eres propenso a estudiar y reflexionar; pero necesito seas todo sinceridad, para darme cuenta de lo que no alcanzas a comprender.

El grande obstaculo será la falta de libros. Has traido esa Vida de Ciceron, escrita por un hereje, pero el asunto es

grande y no rige con nuestras creencias (1). Algún provecho le sacaremos.

SARMIEMTO.

Tengo ansias de saberlo todo. Quiero saber el porqué de las cosas (2). Quiero saber porqué son unos tan buenos y otros tan bárbaros. Porqué hay ricos y pobres. Quiero saber si hay leyes naturales que condenan sin remisión a unos a ser miserables y si es posible sacarlos de la miseria.

Mire Vd. Durante este penoso viaje, cabalgando y hablando, como que a veces se nos extraviaba la mula de carga, Vd. me relataba los héroes de la Independencia. Cuanto me ha dicho Vd. jamás se borrará de mi memoria y tengo un caudal de ideas sobre la patria futura tal como ellos la vieron, grande y afortunada. La revelación de tales ideas la conservaré como un tesoro inestimable.

JOSÉ DE ORO.

No es del todo mala una enseñanza oral. Pero corre riesgo de oir mal el discípulo y enseñar mal el maestro, cuando canta sin papel. Mi grande empeño será disciplinar tu espíritu turbulento y entusiasta, dandote un método de adquirir ideas genuinamente tuyas. Empezarás por aprender el latín...

SARMIENTO.

¡ El latín ! Un idioma muerto. ¿ Para qué ha de servir el latín que carece de las palabras que expresan ideas modernas?

JOSÉ DE ORO.

Pues bien; te servirá para ser clérigo como yo, lo cual no tienes derecho a desdeñar.

SARMIENTO.

Francamente no me siento bueno para clérigo. Sin que Vd. me lo aconsejase, su ejemplo podría tentarme, así es que lo he pensado mucho y me domina el temor de verme obligado a adoptar a libro cerrado doctrinas o misterios que harían de mí un vil hipócrita si alguno de esos mandatos me fuese.

---

(1) La obra de Middleton obra notable impresa en 1741, dos magníficos volumenes, traducida al francès.

(2) Título de uno de sus textos escolares en Chile.

imposible de digerir. Errar y corregir por si mismo el error, me parece el mayor atributo de la inteligencia. Espero no ofender a Vd.

JOSÉ DE ORO.

No, hombre. No me ofendes ni pretendo imponerte nada. Mis ideas religiosas proceden de convicciones razonables y nunca de ciego absolutismo. Habrías de saber, muchacho, que nuestra Independencia no ha sido solamente de protesta contra el absolutismo de los tristes reyes de España cuyos agentes altaneros los hacían mas odiosos a la distancia. Nuestro clero, dos prelados tus tíos, nuestro deudo el gran Dean Fúnes y otros han creído que también en materia de creencias era preciso dar algun respiro a las gentes. Esto es peligroso publicarlo, pero eres bastante listo para comprender todo su alcance.

Una enseñanza mía quisiera inculcarte profundamente. Si en tu alma y conciencia desconoces alguno de nuestros misterios sagrados, antes de guerrear contra ellos, habrás de respetar como cosa intangible lo que contienen de beneficioso para el hombre y su moral. Si los creyentes que son hombres sujetos a error, se estraviasen en senderos agenos a la religión, habrás de combatirlos solamente si estás convencido de la necesidad de hacerlo. No habrás de atacar la religión antes de encontrar con qué reemplazar el inmenso consuelo que ella aporta a los tristes humanos.

SARMIENTO.

Si Señor. Creo que puedo comprometer mi alma y conciencia en respetar el alma y conciencia agena y será la norma de toda mi vida.

JOSÉ DE ORO.

Creo en tu promesa y me llenas de satisfacción. Comprende, querido, que no he de gustar criar cuervos que me saquen los ojos.

Empezaremos, pues, con el latín. En ese jardín de inmortal belleza, hallaremos mil flores de agrado y de cultivo inteligente. No tengo la pretensión de hacer de tí un latinista y de seguro nos faltará el tiempo. Pero, fíjate bien en esto. Tú reconoces que el saber leer es el primer instrumento para

conquistar toda ciencia; pues el mecanismo del latín te será un sencillo instrumento par aprender idiomas (1).

SARMIENTO.

En materia de estudios no todo han de ser flores. Morderé del latín cuanto pueda alcanzar. Tenga Vd. por seguro que amueblaré mi memoria con muchos latines.

ESCENA XI

(Entran Camargo y la Rosa. La niña se acerca a Sarmiento, cuchichean y salen juntos en seguida.)

CAMARGO, ORO.

CAMARGO.

Señor Capellán. Tendrán Vd. y su simpático sobrino la rica hospitalidad de nuestro cariño, si bien las comodidades han de ser escasas. He dispuesto un aposento limpio y apartado de ruidos.

JOSÉ DE ORO.

Basta con eso, Señor Camargo. Mi sobrino es hijo de la pobreza. En cuanto a mí, las he pasado muy duras y tan alegremente. Dormiremos sobre nuestros pellones y las más veces bajo la proteccion de las estrellas. Aquel limpio arroyuelo nos servirá de suntuoso tocador.

CAMARGO.

Muy pocas distracciones podemos ofrecer a Vds dentro de estas soledades, pobladas por rebaños.

JOSÉ DE ORO.

Sabremos apreciar la paz divina, habiendo escapado de las garras de demonios. Su digna hospitalidad y este reposo serán aprovechados para cultivar las dotes realmente asombrosas de este mi sobrino. Un decreto arbitrario ha expulsado conmigo a los maestros D. Fermin y D. Ignacio Rodriguez, como si los bárbaros estuviesen empeñados en privar de instrucción a Domingo Sarmiento. Esto me ha sugerído el traerle y sus padres me lo han confiado.

---

(1) Asi lo reconoce Sarmiento.

CAMARGO.

Parece muy inteligente ese joven.

(Una algazara de voces infantiles interrumpe el coloquio y aparecen en tropel los jóvenes del lugar.)

ESCENA XII

CAMARGO, JOSÉ DE ORO, SARMIENTO, LA ROSA CAMARGO, LA CHIAVELA, LA YUQUE, MAXIMILIANO GATICA, DOLORES QUIROGA Y OTROS NIÑOS GRANDOTES.

LA ROSA (*a Sarmiento*).

Venga a jugar con los chicos de este pueblo. Tenemos tiempo mientras llaman a rezo.

SARMIENTO.

No sé ningun juego. Me gusta saltar, correr, gritar, pero no sé jugar...

LA ROSA.

Bueno. Jugaremos a la Ronda Catonga.

SARMIENTO.

Si quieren, muchachos, jugaremos a que les enseñe a leer.

LA CHIAVELA.

¡Es de triste! Vaya un juego.

SARMIENTO.

¡No! ¡No! Se aprende jugando. No hay juego mas entretenido que aprender algo.

LA YUQUE.

(Diminutivo infantil de Lucrecia, 8 años. Delicada y fina con gracioso acento cordobés.)

Diga, Don. ¿De donde vienen las nubes?

LAS CHICAS (*de mofa*).

Ahi está la Yuque. La preguntona.

LA YUQUE.

Si; yo quiero saber. No quiero llegar a grande hecha una burra.

LA ROSA.

Pero, tonta, no se puede saber de donde vienen las nubes. Vienen y se van.

SARMIENTO.

(Sentándose sobre un tronco a guisa de cátedra magistral.)

Déjenla tranquila. Gentil Yuquecita, véngase aquí.

(La chica, muy confiada, posa las manos sobre las rodillas del maestro y sigue la lección con mirada intensa. Los demás forman grupos. Los Señores Oro y Camargo, se apartan un poco y contemplan la escena.)

SARMIENTO.

Esta es una cabecita pensante. Voy a esplicarle de donde vienen las nubes. Y Vds. cotorritas, oigan, si pueden.

Las nubes son humedades que pasan. El viento las enpuja y cuando están pesadas de agua, revientan en lluvia y las gentes y los campos se mojan.

Desde que el mundo es mundo los hombres se han contentado con esa explicación. Pero en los libros se conservan observaciones que esplican lo que vemos con la vista todos los días sin darnos cuenta.

Diga Vd. Señorita Rosa, si Vd. olvida retirar del fuego una olla con agua ¿ qué encuentra al fin en la olla ?

LA ROSA.

¡ Valiente ! No queda nada.

SARMIENTO.

¿ Qué se ha hecho el agua ?

LA ROSA.

Se hace humo y se va.

SARMIENTO.

Así es. Y usted, joven, ¿ qué queda en el fondo de una represa cuando se pasa mucho tiempo sin llover.

EL MOCETÓN (*guasón y taimado*).

Queda barro.

SARMIENTO.

¿Para donde ha ido el agua?

EL MOCETÓN.

Se l'a chupao la tierra, pues.

SARMIENTO.

No son tan zonzos los que cavan una represa para dejar que la tierra se chupe esa agua que es una bendición para animales y para gentes.

Algo se chupa, pero esa agua hace lo mismito que en la olla, llevada por el calor del sol.

¿Qué sucede cuando hierve el agua y la olla tiene una tapa?

LA ROSA.

La tapa hace puf! puf! y baila. Es el humo que quiere escapar. Ya lo voy comprendiendo.

SARMIENTO.

Ese humo se llama el vapor de agua y así disuelta el agua ocupa más espacio, quiere escapar y levanta la tapa de la tinaja.

LA ROSA.

Y se raja. Ah! Ah! Y se raja...

SARMIENTO.

Ese humo que fué agua, no permite que se le encierre y tiene que escaparse y es una fuerza formidable. Se calienta agua a más no poder, se conduce esa fuerza por unos tubos y va a mover unas ruedas. Asi se han hecho unos carros que arrastran más peso que cien bueyes, con carga y gentes. Esos calderones grandotes van como el viento, más ligeros por esos andurriales que el mejor pingo a galope tendido.

Yo no he visto esas cosas. He leido en los libros esas maravillas y puedo asegurar a Vds. que se podrá ir de aquí à Buenos Aires y volver al día siguiente.

VOCES.

¡Ni en dos meses! ¡Qué mentira!

SARMIENTO.

Parece mentira, pero es verdad. El que sabe leer, puede saber todo lo que otros han sabido.

Los libros son el tesoro que conserva cuanto los hombres han pensado. Ahi están los màs lindos cuentos y con los libros se puede vivir con el mundo entero.

Su Reverencia el Señor Capellán puede decir que cuanto sabemos de Dios y de la Religión está en las Santas Escrituras y existe porque está escrito. Los indios salvajes son hombres creados por Dios y deben haber recibido también la revelación divina y como no tenían escritura para conservarla, la han perdido y se asemejan a las bestias.

Sin libros y sin saber leer tendremos nosotros también que confiar en la memoria. La memoria acaba por ver visiones, como esas nubes que pasan. Aquella se parece a una montaña, dentro de un rato serà como un caballo y después, nada...

Aprendan a leer y ya no creerán en brujas.

LA ROSA.

¿Y quién nos va a enseñar?

SARMIENTO.

Yo no más. Soy un grande ignorante, pero sé muy bien leer, escribir y contar y sé también que sabré enseñarles como me enseñaron a mí y sin aburrirlos nada. ¿Quien quiere aprender? El registro está abierto.

LA YUQUE.

Más que zonzos seràn los que no quieran.

SARMIENTO.

La escuela es gratuita, que a este maestro no hay como pagarlo. ¿Quièn quiere?

TODOS.

Yo! Yo! Yo!

SARMIENTO.

Señores: queda inaugurada la escuela primera de San Francisco del Monte de Oro. Su piedra angular es la niña Yuque quièn no quiere llegar a grande hecha una burra. Es una escuela como nunca se ha visto. Es de ambos sexos. Es mutua

y recreativa, donde los alumnos enseñan al maestro y aprenden jugando. Está instalada al aire libre dentro de risueño collado. Las bancas y mesas son troncos de árboles a estilo rústico, perfectamente imitado.

¡ Viva el Señor Camargo, patrón de la Escuela! Viva Don Yo, maestro Ciruela que nada sabe y ¡pone escuela! Viva la patria que sabremos hacer grande y gloriosa!

TODOS.

¡ Viva la Patria!

(Se oye una campana agria.)

LA ROSA.

Tocan a rezo. Vamos todos. Por la mañanita vendremos después de despachar los ganados.

(Se toman de las manos formando graciosa guirnalda de danza y algazara. Sarmiento lleva a la Yuque sobre un hombro. Quedan Oro y Camargo contemplando.)

ESCENA XIII

JOSÉ DE ORO. — CAMARGO

CAMARGO.

El rezo a que han llamado quizás pudiera ponerle óbices V. Paternidad, mientras no fuese informado de la santa intención. En ausencia de todo culto organizado, es como una religión primitiva.

JOSÉ DE ORO.

Mientras no se ofenda la moral, no puedo hallar a mal el que se tribute al Creador un homenage sincero.

CAMARGO.

Este su sobrino es sorprendente. Parece que todo cuanto dice lo tuviere estudiado.

JOSÉ DE ORO.

Tenga por seguro que lo había pensado antes y ponderado. ¿A qué niño se le ocurre participar a otros de cuanto aprende? Imagino que obedece a un instinto aristocrático compadeciendo a jóvenes de buena familia que no pueden instruirse.

CAMARGO.

Que pudiese perseverar en su empresa, es cuanto pudiera desear. Grande es mi pena que tantos jóvenes de buena familia, refugiados en estas soledades parezcan destinados a la vida salvaje.

JOSÉ DE ORO.

Pues ha de perseverar. Lo que se propone este chico, lo lleva a término sin desmayar. ¡Vea Vd. No conoce método alguno de enseñanza, pues lo habrá de inventar, y si no le sale bien, enseñará sin método y sabrá comunicar su entusiasmo.

Donde Vd. lo ve, es todo un carácter. Si algo se propone, lo persigue con tenacidad incansable.

Es el producto de las entrañas de una madre como hay pocas. El niño es todo entrañas y lleva en gérmen las altas virtudes de esa madre. Esas virtudes me las represento como estatuas de rigido bronce, rodeadas del jardín risueño de las flores de la vida: ternura infinita y bondad abundante, robusto buen humor, travesura de gracioso ingenio, siempre dispuesto a amenizar una discusión.

Debo parecer a Vd. como hechizado y hacerme cargoso con este proyecto de hombre que contemplo y casi admiro.

CAMARGO.

Su Paternidad no exagera y el joven ha demostrado hace un momento que la naturaleza lo hizo en un momento de prodigalidad y de munificencia. Me interesa sobre manera y ruego a Vd. manifieste todo su pensamiento.

JOSÉ DE ORO.

Por encima de todo en él campea una curiosidad universal, un ansia de saber inagotable. Ignoro cómo ha sabido de esas máquinas fabulosas que nos acaba de describir y de que no tenía yo la menor noticia (1). Todo cuanto aprende lo analiza a fondo, y asi adquiere una tal confiança en la rectitud de sus ideas que, a mi entender, posee ya la principal cualidad que puede formar un propagandista de ideal.

---

(1) En 1826 en que pasó este acto, se inauguraba en Francia el priner ferro carril que ya funcionaba en Inglaterra. El niño curioso podía haberleido algo que habia escapado al clérigo mas preocupade de la tormenta a que asistia.

CAMARGO.

Con este comentario me asombra más esa temprana capacidad. Pero ¿qué piensa Vd. hacer?

JOSÉ DE ORO.

El arduo problema que por ahora me incumbe consiste en la educación. Necesito insistir cerca de la benevolencia de Vd. para que no hubiese de extrañar la vida que vamos a llevar a la sombra de su hospitalidad. Podrá Vd. hallar impropio que un sacerdote no diga misa a lo cual estoy autorizado y algo insólito que este mocetón vigoroso, tan de a caballo como el que más, se lo pasase con el pico clavado en los libros, si libros tuviera.

CAMARGO.

Es difícil estudiar sin libros.

JOSÉ DE ORO.

Para este joven todo es estudio. Es un cerebro en acción permanente. Se ha adelantado a la edad fecunda en que todo es novedoso. Ha mordido a las matemáticas hasta ser ya un agrimensor probado y este esfuerzo le ha dado un tinte de criterio científico que le pone a cubierto de las peregrinaciones desmesuradas de la imaginación.

Revuelve en su mente y mastica cuanto observa. Vea Vd.: hace un momento, me decía, aquí mismo, que mientras no faltare a su patria ni a su conciencia, tendría siempre la aprobación de su madre.

La religión profunda de este Sarmientito es el culto por su madre y se le enfrena de golpe si se dice que tal o cual concepto no tendría su aprobación. Doña Paula Albarracín es una matrona como la más famosa de la romana historia, cuya estoica grandeza no ha doblegado nunca la frente ante las desigualdades de la fortuna y en ella la noble virtud de la pobreza se eleva a la dignidad augusta de una desventaja sufrida sin mengua. Esa madre ha impregnado al hijo de la idea que la conciencia recta resuelve todos los problemas. Por otra parte, su padre se le conoce como el Sarmiento Patria que le ha merecido una especie de locura de patriotismo. Esto se ha condensado en el espíritu vigoroso del joven con la idea que espresaba el viejo Homero de que nunca se extravía quien defiende a su patria. En fórmula lapidaria me ha expresado la

idea que será la regla de su vida y la columna luminosa que verá marchar adelante en el fragoso desierto.

CAMARGO.

Si no hubiese su Paternidad esclarecido el concepto que tiene de su sobrino, debería yo sospecharlo presenciando y oyendo lo que dijo a estos niños sacado de su propia mente. Pero no deseo interrunpir a Vd. rogándole exprese todo su pensamiento.

JOSÉ DE ORO.

Era en la Escuela el orgullo de su maestro benemérito Don Ignacio Rodriguez. Cuando el Señor Rivadavia obsequió a las Provincias unas becas para su Colegio de Ciencias Sociales, era Domnigo el primer candidato ; pero fueron tales los empeños, que hubo de sortearse ese inmenso beneficio y la suerte le fué adversa. El padre elevó una petición, alegando que "los talentos del tal mi hijo habrán de ser útiles a la América" (1). A nadie pareció exagerado ese concepto.

Ya vé Yd. que se hacía imposible proporcionarle una educación académica. Por mi parte, tentado estoy de no lamentar tanta desgracia, creyendo mejor dejar criarse este arbolillo en el ambiente de la vida.

CAMARGO.

¿ Como así ? Qué se puede aprender sin estudio ordenado?

JOSÉ DE ORO.

Este Sarmientillo podrá aprender en el aula con mucha más facilidad que otros, dada su inteligente comprensión y su facultad de análisis. Podría aprender el arte de hablar antes de pensar, y escribir admirablemente antes de tener ideas que expresar. Aprendería esas reglas llamadas de retórica que se inventan para explicar el mecanismo de todo escrito genial u original. Pero en este espíritu los conceptos carecen de antecedentes. Le repugna adoptar todo principio que hubiese escapado a su propio análisis.

Es un servidor de la verdad. Siempre verídico para la expresión de la idea, se convierte en fanático para imponerse a sí mismo lo que alcanza de verdad.

---

(1) La petición original existe en el Archivo Nacional.

Ya se disciernen en él fuerzas creadoras y libres con que llamará a la existencia todos los asuntos que agiten su mente. Como que cada idea suya la tiene engendrada y original, la expresión le resulta genuina y adecuada. Me parece ver rebullir en este vaso nuevo una sangre joven, una fuerza abundante que habrá de prodigarse, desdeñando los conceptos convencionales que no resisten al examen.

Deseo que conserve los dones que fuese adquiriendo en las diversas etapas de su existencia que habrá de ser eminentemente combativa y agitada. Que hasta el último de sus días transparente ese fondo inagotable de indulgencia hacia los individuos, así como su odio indomable del error y la hipocrisía. Que siempre su verba ágil, fresca y luminosa se revista de expresiones sabrosas que fueran como la firma y rúbrica de un pensamiento libre. Que al atravesar la vida efímera entrase en la vida de memoria con este blasón : cultivó la verdad y amó a su patria...

CAMARGO.

Vedlo venir aquí. Parece preocupado.

JOSÉ DE ORO.

Sí. Aguantemos el chubasco.

ESCENA XIV

SARMIENTO, JOSÉ DE ORO, CAMARGO.

SARMIENTO.

Acabo de presenciar una escena digna de los tiempos primitivos del mundo, anteriores a la institución del sacerdocio. Un vecino ha edificado una como capilla en que reza él mismo el rosario, para suplir al sacerdote y al oficio divino de que por años han carecido. El sol llegaba al ocaso, las majadas que volvían al redil hendían el aire con sus confusos balidos. El dueño de casa, hombre de sesenta años, de una fisonomía noble en que la raza europea pura se ostenta por la blancura del cutis, la frente espaciosa y despejada, hacía coro a que contestaban una docena de mujeres y algunos mocetones cuyos caballos, no bien domados aún, estaban

amarrados cerca. Concluido el rosario, hizo un fervoroso ofrecimiento. Jamás he oído voz más llena de unción, fervor más puro, fé más firme, ni oración tan adecuada a las circunstancias. Pedía a Dios lluvia para los campos, fecundidad para los ganados, paz para la República, seguridad para los caminantes..... — Yo soy muy propenso a llorar. Y esta vez debí sollozar, porque el sentimiento religioso se había despertado en mi alma con exaltación y como una sensación desconocida, porque nunca había visto una escena más religiosa. Creía estar en los tiempos de Abraham, en la presencia de Dios y de la natureleza que lo revela. La voz de aquel hombre candoroso e inocente me hacía vibrar las fibras y me penetraba hasta la médula de los huesos.

Telón.

Antonino Aberastain.

ACTO II

San Juan de la Frontera, 1838.

1er CUADRO

Esquina de una calle en San Juan. — La ciudad primitiva. — Sin empedrado — acequías con aguas vivas.

Casas de adobe sin reboque. — Rejas en las ventanas al modo árabe. — Casas de azotea con cornibas a la calle, de éstas salen caños de lata para arrojar el agna de lluvia sobre las aceras, esos caños están recortados en punta como dos orejas.

La tienda de comercio con puerta dividida en dos horizontalmente con dos hojas superiores y dos inferiores. Las superiores abiertas dejan entrever las mercaderias.

Sarmiento está sentado y lee. La acera forma tertulia y se traen sillas de paja.

ESCENA I

DONA LAURA, DONA ÁNGELA (*entrando*).

Sarmiento en el fondo.

D. LAURA.

Buenos días. Señora Ángela.

D. ÁNGELA.

Muy buenos, Señora Laura y amiga. Parece Vd. preocupada.

D. LAURA.

No es para menos. Ha confiado Vd. su tienda a ese su sobrino Domingo y mírelo un rato a ver si levanta los ojos de su libro. Ese joven movedizo que tiene alborotado al pueblo, aquí, con su libro, ni pestañea. Qué quiere Vd. ; no puedo dejar de pensar que este mocito no ha de ser muy trigo limpio. Si fueran buenos libros los que lee, no lo tendrían tan absorto. Ni el Señor Obispo lee sus oraciones con ese interês.

D. ÁNGELA.

¿Y donde quiere Vd. que saque libros malos? No se ha conocido en San Juan ningún libro que no fuese propiedad de un Señor Sacerdote. Nadie lo sabe mejor que yo. Nunca en mi tienda se ha vendido un libro, ni bueno ni malo, porque nunca se ha podido comprar miguno.

D. LAURA.

¿Y donde saca Vd. amiga mía, que los Señores Sacerdotes no leen las heregías y las maldades que denuncian en el pulpito? Esas maldades pueden caer en manos incautas.

D. ÁNGELA.

¿Y quién puede pretender que los Señores Sacerdotes tienen solos el derecho de instruirse? Bien sabe Vd. que nuestros Obispos y clérigos sanjuaninos han tenido que estudiar en Córdoba o en Chile. El pobre Domingo no pudo estudiar en Buenos Aires como Salas y Aberastain. Está chiflado pos ser sabio. Déjele que aprenda lo que pueda.

D. LAURA.

Entre tanta lectura, es natural que un joven se apasione por asuntos immorales...

D. ÁNGELA.

La moral es lo que me inspíra más confianza. Ha pasado dos años estudiando con su tío el capellán D. José de Orá y este lo quiere como a la niña de sus ojos. Su tío el Obispo le ayuda a dirigir el Colegio de Señoritas que ha fundado, y ya sabríamos las madres de familia si esas tiernas criaturas no fuesen santamente dirigidas. Ya sabríamos si alguna vez ese joven olvidase sus austeras funciones de educador y arrojase una mirada indiscreta sobre esas inocencias.

D. LAURA.

Bueno. Bueno. No lo digo para tanto, ni lo digo para el pasado. Mi temor es que se pueda corromper y nos salga el día menos pensado con un domingo siete.

D. ÁNGELA.

Pero si es un bendito. Dentro de su casa es un niño y en la

calle todo un hombre. No verá Vd. un hijo más sumiso y un hermano más cariñoso. Ese Domingo es puro acero.

Cuando vinieron los colorados, a sus diez y ocho años escasos fué Teniente y Edecán de tres Generales, portándose con el mismo entusiasmo con que organiza fiestas sociales y literarias. Escapó de ser degollado por el fraile Aldao, porque Dios es grande. Cuando vino aquí Facundo, se fué a Chile, donde pasó las más atroces miserias y casi moribundo retornó a su pueblo, llamado por al General Benavidez, empeñado en atraer a la juventrud ilustrada.

D. LAURA.

Deseo que el tiempo le dé a Vd. razón.

D. ÁNGELA.

Admitirá Vd. que mientras se esté con la frente clavada sobre un libro, no hace daño a nadie. ¿ Verdad ? Bueno Doña Laura, vámonos a rezar, que mientras rezamos no hablaremos mal de nadie.

Salen las Señoras.
Entra el Jefe de la Banda de Música.

ESCENA II

SARMIENTO, EL JEFE de banda de música.

EL JEFE.

Señor Sarmiento. Vengo a poner la banda de música a sus órdenes.

SARMIENTO.

Muchas gracias. No veo en qué ocupar a sus músicos, ni hoy, ni mañana.

EL JEFE.

No tiene más que ordenar, Señor.

SARMIENTO.

Aguarde Vd. un poco, maestro. ¿ Vd. depende directamente del Jefe de Policía, no es verdad ?

EL JEFE.

Sí, Señor.

SARMIENTO.

No querría dejarle mal parado, aunque agradeciéndole a V. la atención. Sería mejor para Vd. esperar órdenes de su jefe.

EL JEFE.

Si es el mismo Jefe de Policía quien me manda saber si Vd. dispone de la banda.

SARMIENTO.

Cada vez que he solicitado la música para dar realce a fiestas beneficiosas para el pueblo, me ha costado empeños obtener ese favor. Ahora es algo extraño y me parece burla decirme que soy yo quien dispone de la banda. Mucho le agradecería, Maestro, quiera decir que agradezco el ofrecimiento y que no tengo motivo para solicitar por hoy la benevolencia del Señor Jefe de Policía.

EL JEFE.

Así se hará, Señor.

Exit el Jefe.

ESCENA III

SARMIENTO y después ABERASTAIN.

SARMIENTO.

Desde que ha venido ese Comandante Espinosa con sus lanceros colorados, las cosas van tomando otro cariz. Pero aquí está mi grande amigo Aberastain. Es hombre sesudo y de buen consejo.

ABERASTAIN.

¡ Salud al infatigable ! Amigo, es la primera vez que le sorprendo mano sobre mano.

SARMIENTO.

Estoy perplejo. Acaba de preguntarme el maestro de la banda si disponía por hoy de la música. Era mandado y no me gusta la ironía que encierra el ofrecimiento. A estos gauchos taimados se les conoce la mala intención, cuando trotando de soslayo como los perros, vienen a comer en la mano de uno, con la sonrisa en los labios y arrastrando la pierna.

ABERASTAIN.

Puede haber exceso de desconfianza en Vd. interpretando un ofrecimiento hecho talvez sin malicia.

SARMIENTO.

Esto se liga con otros síntomas de hostilidad. Aguantaré cuanto fuera posible para llevar a término lo que me he propuesto y levantar a este pueblo de su postración. Pero creo necesario estemos más atentos y más unidos que nunca.

ABERASTAIN.

Debemos contar con el decidido apoyo del General Benavidez. Es sincero amigo de su Provincia, hombre bueno y honrado.

Cuando volví graduado en jurisprudencia, me llamó para hacerme Juez de Aguas, cuya función es la más delicada y me aseguró que buscaba en mí un hombre imparcial. Poco después supimos cuánta miseria sufría Vd. en el destierro. Nos unimos a sus deudos para solicitar fuese llamado Vd. a su patria y el Señor Gobernador acogió presuroso la petición. Desde que ha llegado, Vd. ha desplegado una actividad capaz de aturdir a un hombre menos suspicaz que nuestro Gobernador, y sin embargo ha proporcionado a Vd. ayuda y amparo en cosas algo agenas a sus hábitos y profesión.

SARMIENTO.

Como siempre, tiene Vd. razón, mi querido amigo. Estoy muy lejos de tener motivo para quejarme del Señor Gobernador. Por el contrario, me ha ofrecido una carrera en la administración. No podía yo aceptar. Seria cortarme las alas y llamarme a claustro y tengo mucho que hacer todavía.

ABERASTAIN.

Y lo que tiene hecho será inolvidable. Permita su modestia decirle que Vd. me hace el efecto de estar levantando los andamios de su gloria, crearse el teatro, formar los espectadores, para poder exhibirso en un escenario tan grande como su ensueño.

Vamos a cuentas. Ha fundado Vd. un colegio de varónes, enseñando idiomas, matemáticas.

SARMIENTO.

Muy pronto lo suprimieron. Los buenos federales no necesi-

tan hablar en gringo, como los jacobinos no necesitaban ciencia en su república.

ABERASTAIN.

Pero no han suprimido su primoroso colegio de Señoritas que se halla en plena prosperidad y ofrece perspectivas muy alentadoras.

SARMIENTO.

No les ha parecido urgente impedir la educación de las mujeres de la buena sociedad. Mi Colegio de Santa Rosa está amparado por la Iglesia y no les ofusca todavía. Ya lo habrían suprimido si fuesen capaces de sospechar que un pueblo puede regenerarse y salvar la tradición civilizada con sólo una docena de madres instruídas. Soportarán el precioso colegio como una algazara novedosa para las niñas y eso mientras me soporten a mí. En nada de esto aludo al General Benavidez, sino a la situación a que obedece.

ABERASTAIN.

Le han ayudado a adecentar el cementerio. Sin mucho éxito, es verdad, como que ha fracasado toda tentativa de empedrar estas calles polvorosas y blanquear las casas, siendo los vecinos los más refractarios.

SARMIENTO.

Ciertas mejoras serán para cuando Vd. ó yo fuésemos gobierno y eso va para largo.

ABERASTAIN.

Es lícito pensar que toda una categoría de mejoras obedece a un estado general de progreso, sin que la acción individual fuese capaz de realizarlas sin el concurso de todos.

Tengamos en cuenta, empero, que nos han tolerado una cosa harto estraña y son nuestras reuniones de estudio mutuo que deben exitar las mayores desconfianzas a espíritus incultos y gobiernos de fuerza. A la luz del célebre candil que cada uno costea a su turno, no conspiramos contra nadie. Movidos por su aliento de Vd. y su noble pasién, hemos aprendido sobre filosofia, historia y letras, lo que ninguno de nosotros hubiese alcanzado en muchos años de aula académica. Tampoco le han puesto trabas a las reuniones sociales y representaciones que no son muy amparadas que digamos por la Santa Federación y así de cien cosas novedosas.

Por fin, le han dejado publicar un periódico sin censura previa y esto no sucederia en Buenos Aires. En las páginas de "*El Zonda*" critica Vd. libremente cuanto trasciende a atraso en las costumbres y en las ideas.

SARMIENTO.

Hasta aquí, vamos bien. Me guardo como del fuego tocar à los gobernantes; pero será imposible evitar que interpreten alguna palabra sin malicia como si fuera un amargo sarcasmo (1).

Soy odiado por cuanto hay de bárbaro aquí. Sin haber cambiado el menor piropo con ellos, se dan cuenta obscuramente que nuestras reuniones son una fuerza que se les opone.

Ya no vamos a comer muchas empanadas sanjuaninas, compañero, y debemos prepararnos a ganar el destierro. Nuestro deber es salvar el fuego sagrado que algún día calentará a estos pueblos desgraciados. Estoy convencido que me và la vida y me quedaré hasta no poder más. Mi deber cívico está aquí, sin contar que mi pobre madre y mis hermanas necesitan mi ayuda para el pan de cada día. Aquel humilde hogar cuyas tapias pudieran computarre en varas de lienzo tegidas por las manos de mi madre, empezaba a tomar formas decentes.

ABERASTAIN.

Otro gran pelígro se me alcanza para las nobles iniciativas de Vd. Consiste en que puede hallarse este pueblo como con un empacho de progreso y de repente se halle atosigado y quiera rechazar sin medida todo lo novedoso. Es un pueblo tranquilo el de San Juan, un poco adormecído en costumbres patriarcales.

SARMIENTO.

A Lázaro se le hizo levantarse y andar.

ESCENA IV

SARMIENTO.—ABERASTAIN.—CORTINEZ.—QUIROGA ROSAS.

CORTINEZ.

¡Salud!

---

(1) Don Damian Hudson, testigo presencial, relata en su "Provincia de Cuyo" que sirvió de pretexto cierto apólogo sobre una perrita de que hicieron un ataque contra la respetable matrona, esposa de Benavidez.

QUIROGA ROSAS.

Ya formamos cuarteto.

ABERASTAIN.

Vienen Vds. a punto. Nuestro Don Domingo se halla presa de malos presentimientos. No amaina su invencible coraje; pero necesita de nuestra amistad para apartar de su mente visiones un tanto fúnebres.

CORTINEZ y QUIROGA ROSAS.

¿Que hay, Sarmiento?

SARMIENTO.

Hay que están llegando figuras siniestras. Con sólo ver sus trazas se convence uno estar en presencia de federales netos. Estos días han entrado en la Ciudad como mil mal peinados y peor lavados. No hay quien ataque la situación. ¿A qué vienen estos refuerzos? Debe ser para obligar a Benavidez a cambiar de política y de manso hacerlo feroz.

QUIROGA ROSAS.

No concibo a Benavidez sino como hombre bondadoso empeñado en salvar a su país de todo salvajismo.

SARMIENTO.

Hará todo para evitar escenas sangrientas. Su situación, sin embargo, depende de otros y esos otros no conocen sino la violencia y el exterminio.

Todos los males de San Juan le vienen de fuera. Este pueblo no contiene bárbaros que puedan formar turbas sangrientas. El campesino es un labrador que ni siquiera viste chiripa. San Juan, por su cultura y sus cultivos, es como las planicies de la Lombardía, codiciadas por todos los invasores.

La situación de Benavidez se liga con la situación de las demás Provincias. Para salvarse de ser un energúmeno estará obligado a desterrar a cualquiera que ofuscara a los demás mandones. Los sacrificados seremos nosotros y cuantos fueren sospechosos de ser patriotas ilustrados.

ABERASTAIN.

Pienso como Vd. mi amigo. Pero también creo razonable

no extremar las cosas y sin ceder sobre los principios, podemos esperar todavía los sucesos.

SARMIENTO.

Para conseguir la quietud que Benavidez desea para este pueblo será condicion indispensable que nadie chiste, que todo duerma, ideas y aspiraciones.

Ah! mi querido Aberastain! Yo veo las cosas muy prontas a extremarse en nuestro pobre país.

He vivido solo durante meses enteros, profundizando alguna idea útil. Careciendo de maestros que guiasen mi propio juicio, he sido el único juez de la importancia de una idea y acabo por convertirla en mi espiritu en verdad incontestable.

Tal vez no tenga otra ocasión para explicarme con Vds. sobre ideas fundamentales. Tomen asiento y oigan con paciencia que es mi alma la que voy a exponer a tan caros amigos.

Saben Vds. que a la edad de quince años en San Francisco del Monte se me ocurrió enseñar a leer a unos alumnos de mayor edad que el maestro. Recuerdo además que en ese apartado lugarejo gravé en un madero esta inscripcion :

Unus Deus, una ecclesia, unum baptisma.

Esas palabras quieren decir intolerancia religiosa y aquella escuelita era un resabio de aristócrata, como pueden ser las escuelas que acabo de fundar aquí para enseñar a los pudientes, dejando a los pobres que se entiendan entre ellos.

Mis reacciones son hoy día muy diferentes.

Aquí tuve una visión extraña.

Cuando entraron las tropas de Facundo Quiroga, yo estaba apostado en aquella esquina de San Clemente. Desfilaron esas hordas salvajes, más aterrantes que las de Atila y de Jengiskan. En número como de seicientos, montaban briosos corceles. Llevaban enormes guardamontes como parapetos de cuero crudo cuyo ruido es imponente, como el de escudos y de armas de combate. Los caballos, acaso más domesticados que los cabalgantes, se espantaban de aquellos ruidos extraños. En calles sin empedrar, avanzaba una nube de denso polvo, preñada de rumores, de gritos, de blasfemias y carcajadas, apareciendo de vez en cuando caras más empolvadas aún, entre greñas y harapos y casi sin cuerpo, pues los guar-

damontes les servian de ancha base, como si hubieran también querubines de demonios medio centauros.

Fué ese espectaculo para mí la versión del camino de Damasco de la libertad y de la civilizacion. Todo el mal de mi país se me reveló de improviso, la Barbarie. El remedio; abrir escuelas para todos y enseñar a leer a las muchedumbres.

CORTINEZ.

Hay para rato. Es un gran programa. — ¿ Puede acaso alcanzarse un resultado apreciable? Un gaucho de esos podrá saber leer y conservar toda su ferocidad. Se les rascará un poco y aparecerá el salvaje.

SARMIENTO.

Y aún sin rascar. La crueldad es ingénita en la especie humana. El hombre civilizado es un bruto modificado ó contenido por las leyes.

Si los brutos de aquí no tuviesen modificación posible, tendríamos que abandonarles la magnífica heredad donde habremos de formar una nueva y grande nación, asilo de las libertades del mundo.

Si el civilizado intentara someter al bruto por la fuerza, seria él mismo otro bruto. Si priva a otros de su libertad, se corrompe y se rebaja.

La barbarie nuestra es enfermedad orgánica y se curará atacando su origen y no sus efectos.

Es mi persuasión que los males que se ciernen sobre nosotros han de crecer en toda la República hasta colmar el horror. Nuestra generación civilizada está condenada a combatir hasta la muerte. Nuestra obra será duradera si educamos y demostramos a todos que serán más felices siendo civilizados.

Mi convicción es tan profunda que mi enseña de combate será la Escuela para todos, como solución de todos los problemas sociales. La Escuela piedra angular de la República. ¿ Quien había de imaginar una república sin libertad y sin igualdad? No es hombre libre quien carece de los elementos del discernimiento. No existe igualdad donde unos pocos favorecidos pueden aspirar a mejorar de condición y la mayoría está condenada a desvalidez perpetua.

Es en América donde el problema se presenta en sus ele-

mentos simplificados. En Europa los despotismos han dominado y acallado el clamor de los desvalidos quienes de tarde en tarde se alzan con atrocidades.

No es civilizado un pueblo con una minoría ilustrada, como no es cristiano con sacerdotes exelentes y creyentes mustios. Esos pueblos creen haber trepado la cima de la civilización cuando reunen artistas y sabios eximios en medio de poblaciones estólidas, sin luz y sin esperanza.

ABERASTAIN.

Nos abre Vd. inmenso horizonte. Ciertamente que no hay como curar la barbarie innata, sino llamando a la existencia todos los nobles instintos del hombre o creando nuevos seres morales.

Si me parece concebir el inmenso resultado, me parece al mismo tiempo, entrever la enormidad de la tarea que Vd. arrojará sobre sus espaldas. ¿Qué apostolado será capaz de vencer el egoismo de los favorecidos de la fortuna? ¿Qué fuerza moral será capaz de convencer a los desvalidos que sólo su ignorancia los tiene sumidos en la miseria? Es tan grande su idea que requiere trastornar hasta el concepto del patriotismo para dedicar al noble apostolado el esfuerzo de muchas generaciones.

SARMIENTO.

El concepto del patriotismo es para muchos el esplendor del sacrificio heroico de la vida. Yo lo concibo además dedicándolo a ser útil en las más humildes manifestaciones de la vida. Sin alcanzar la sublimidad del sacrificio, puede un patriota ser útil siempre, promoviendo el bienestar y enseñando cuanto conduce a elevar la criatura y acercarla al creador. El patriotismo puede concebirse como el amor humano sin la carne.

Se trata en nuestro caso de hacer triunfar una idea. La idea es la más poderosa de las fuerzas. Una idea justa puede voltear todos los obstaculos, si el protagonista cree que nada se ha hecho mientras queda algo que hacer.

Formaremos una Orden de Predicadores de la educación del pueblo. Pero lejos de claustrarse sus adeptos participarán de todas las manifestacione de la vida colectiva. Habremos de ser escritores en el libro y en la prensa, para demostrar a diario que los errores proceden de la ignorancia. Habremos

de ser legisladores para que la idea se condense en leyes. Aspiraremos al gobierno para aplicarla con perseverancia. Recorreremos todo el escalafón de la vida republicana para repetir un eterno delenda.

Por mi parte, solo me abstendré de perseguir la fortuna, por ser carga demasiado pesada para la incesante pugna; pero predicando siempre a todos la conquista de los bienes materiales.

Tal es el programa de este pobre sanjuanino y si hubiese de sacrificar la vida ahora mismo sin haber tenido ocasión de nada mejor, habría llenado la misión que me tengo impuesta. Muriendo en teatro obscuro por conservar intangible mi conciencia, habré servido así mismo a mi país más allá de la tumba, provocando el respeto que merece una vida sin mancha, un carácter que no cederá a la fuerza, un patriotismo que jamás pondrá en duda la grandeza de los destinos americanos.

Al latinista de mi tio Don José de Oro se le ha escapado un latín del tiempo de Nerón. Se llamaban sarmientarii á los que parecian dedicados a las llamas, que en Italia las hogueras son de sarmientos.

Que será para hoy ó para más tarde, o que siga ardiendo, ¿ qué importa ?

ESCENA V

LOS MISMOS. — EL IMPRESOR DEL " *ZONDA* ", GALABURRY. DESPUÉS EL EDECÁN AQUINO.

GALABURRY.

Señor Sarmiento... Hay un nuevo impuesto. Si no lo paga, no dejan imprimir el N° 6 del " *Zonda* " que y a está en las formas. Son veinte y siete pesos.

SARMIENTO.

¿ De órden de quién ?

GALABURRY.

Del Gobernador. Está firmado Nazario Benavidez.

SARMIENTO.

Es ilegal. No pague Vd. ¿Qué opina el Dr. Aberastain?

ABERASTAIN.

Es evidente la ilegalidad. El Gobernador no da órdenes directas a los ciudadanos. No crea impuestos, ni aplica multas. Procede por decretos generales y en los casos particulares por sentencia de juez. No existiendo más que una imprenta de propiedad publica, la ley provee los medios de costear los avisos oficiales, autorizando vender periódicos. Ningún impuesto estaría justificado, aun cuando fuese dictado en forma legal.

SARMIENTO.

La suma es insignificante, pero es enorme la violación del derecho. Se trata de ahorcar sin forma de proceso la emisión del pensamiento. No pagaré.

(*Entra un edecan del Gobernador.*)

EDECÁN AQUINO.

Señor Sarmiento. De órden del Señor Gobernador, sírvase declarar en presencia de estos señores, quienes darán fé, si está Vd. dispuesto a acatar lo mandado respecto al impuesto sobre "*El Zonda*", que Vd. dirige.

SARMIENTO.

Si tal no hiciere ¿que se seguiría?

EDECÁN.

Tendría Vd. que seguirme a la carcel.

SARMIENTO.

Vamos a la carcel.
Adiós, compañeros. Pónganse Vds en salvo.

———

CUADRO SEGUNDO

El Cabildo de San Juan.

Nota al Segundo Cuadro. — El lector no necesitará de otra explicación que la escena pasa delante del Cabildo de San Juan, cuyas prisiones se hallaban en el piso alto, encima de las arcadas, como era el tipo de los viejos Cabildos. — Para poner en escena se hallarán dificultades que pueden suplirse con buena voluntad, contando con la complacencia del espectador.

Sobre los sucesos históricos puestos en escena, debemos una explicación. Sarmiento mismo en Recuerdos de Provincia ha simplificado el relato y nosotros, para la perspectiva teatral, sin cambiar el sentido moral hemos reducido el curso de los sucesos.

Las cosas pasaron como sigue. Sarmiento fué a la carcel negándose altaneramente a pagar el impuesto ilegal. Intervino el Obispo, su tío, Eufrasio de Quiroga Sarmiento, haciéndole relajar y pagando Sarmiento por deferencia al prelado. Suprimido *El Zonda*, siguieron reuniéndose los amigos hasta hacerse sospechosos de complot, lo que contenía algo de verdad, puesto que eran afiliados a la Asociacion de Mayo. — Entonces Aberastain, Quiroga Rosas y Cortinez tomaron el camino del destierro. Quedaba solo Sarmiento designado al entusiasmo federal y pronto encarcelado con Máximo de Oro. Las tropas federales en ese entonces fueron a prestar auxilio al Fraile Aldao y volvieron de una expedición inútil y exigieron se las remitiese el preso para afeitarlo, decian.

SARMIENTO llevado preso al Cabildo, entre guardias. Se acerca un sacerdote y pide permiso para hablar con el reo. Se alejan un tanto las guardias.

EL SACERDOTE.

¿ Qué es esto, Sarmiento ?

SARMIENTO.

No me pueden imputar un delito. Quieren matarme.

SACERDOTE.

No es posible. Sería horrible.

SARMIENTO.

Veo venir la muerte, pero triste, sucia, indigna. He oído el grito extemporáneo de : ¡Mueran los Salvajes Unitarios ! Quieren dar un golpe de terror, para decir después que fué un acto de atroz licencia en un momento de inmensa, profunda irritación popular. La única salvación estaría en hacer imposible que Benavidez pueda lavarse las manos. Hay que obli-

garle a presenciar el atentado. Tal vez no se atreva a cargar con la sangre de un inocente. Prevenga, Padre, a mi familia, para que Benavidez esté avisado. Vea Vd. a mi tío el Obispo y dígale que no se asuste.

SACERDOTE.

Voy de prisa. Cuente conmigo.

(*Penetran en el Cabildo.*)

Aparecen tropeles de ginetes gritando : ¡Abajo los presos!

Forman frente al Cabildo y entre ellos el commandante Espinosa, cuya lanza le aportan.
El oficial de guardia aparece en los altos del Cabildo presentando un preso.

GRITOS.

¡Ese No! — ¡Sarmiento! ¡Sarmiento!

Gritos, acclamaciones y vociferaciones.
Suben oficiales y aparecen con Sarmiento entre ellos, asido y mantenido.

GRITOS.

¡Que baje! ¡Que baje!

SARMIENTO (*con voz tonante*).

¿De orden de quien?

GRITOS DE LA TURBA.

Del Comandante Espinosa.

SARMIENTO.

No bajo.

UNA VOZ.

Oficial. ¡Bájelo a sablazos!

ESPINOZA (*espumando de colera*).

Déle de filo. ¡Ajo! Si subo, lo lanceo.

OFICIAL DE GUARDIA.

¡Baje Vd. Señor, por Dios! Voy à darle de filo...

SARMIENTO.

Quiero morir como he vivido sin que mi voluntad consienta en la violencia.

GRITOS FEMENINOS.

¡ Lo matan ! Ay !

EL OFICIAL DE GUARDIA.

Baje Vd. Señor, por Dios, voy a tener que tarle de filo, ya.

SARMIENTO.

Moriré como he vivido. Nunca mi voluntad consentirá la violencia.

GRITOS FEMENINOS.

¡ Lo matan ! Ay !...

El preso está rodeado en tumulto. Se ven remolinear los sables.

GRITOS LEJANOS.

Señor Gobernador. Señor! Están matando a Don Domingo !...

Aperece el grupo llevando en peso a Sarmiento. Lo traen frente al grupo de ginetes, donde está Espinosa. Un oficial le tiene la punta de la espada al pecho, esperando órdenes.

Silencio de ansiedad. Gritos lejanos.

Espinosa blandeando la lanza pica al pecho a Sarmiento, cuya fisonomia parece impasible, desafiando al bruto y componiendo el rostro a darle la expresión que debia llevar su cadaver. — Entonces Espinosa retira la lanza para enviarle un lanzazo. Sarmiento da un quite, haciendo rebotar a un lado la lanza, cuya moharra tenia media vara de largo.

El militarote se prepara a acometer de nuevo, cuando Sarmiento elevando la voz y la mano ensangrentada, grita :

SARMIENTO.

¡ Oiga Vd. Comandante !

Agachándose, se desliza entre las patas de los caballos y corre al encuentro de Benavidez, cuyo edecán viene a escape, raya el caballo delante de los agresores.

EL EDECÁN AQUINO.

¡ Deténgase, Señor Comandante ! De órden del Señor Gobernador.

BENAVIDEZ (*a caballo*).

Este reo me pertenece y será juzgado regularmenet. — Se-

ñor Edecán : bajo su responsabilidad, escolte Vd. al Señor Sarmiento hasta mi casa y téngalo incomunicado.

SARMIENTO.

Si estos fuesen de aquí, sería de preguntarles cual es el beneficio que me atrae su odio. — Señor Gobernador. Mi gratitud será eterna por haberme salvado de una muerte ignominiosa.

BENAVIDEZ.

Retirese. Respondo de su vida por el momento.

(Se retira Sarmiento, escoltado y rodeado. Queda el General Benavidez con los suyos, formando barrera en lo ancho de la calle.
En este momento se oyen gritos femeninos.
¡Domingo! ¡Mi hermano!
La madre de Sarmiento, Doña Paula y dos de sus hermanas atropellan las guardias, suben los altos, viéndoseles entrar y salir de los calabozos vacíos, descienden como una visión y entre sus lamentos se oye a Doña Paula Albarracín de Sarmiento interpelar a un guardia que le cruza la bayoneta al salir a la plaza :

DOÑA PAULA.

Retírate, chino insolente. Te haré dar de azotes.

El chino las deja pasar y ellas corren hacia la casa de Benavidez.

Telón.

CUADRO TERCERO

La quebrada de Zonda.

Una quebrada verdosa, un arroyo cristalino y abundante. Al fondo una admirable perspectiva de montañas de diversos colores; al costado un rancho con una sola puerta donde está pintado someramente un escudo argentino seguido de una inscripcion bien legible: —

On ne tue pas les idées.

Dos campesinos contemplan la obra de arte.

CAMPESINO I.

¿Y entonces ñor Juanicho, cree Vd. que esto no tiene gualecho ?

CAMPESINO II.

Gualicho, no me parece. Será cosa de politica. La pintó un caballerito de la ciudá, que se ha estado las horas suspirando hasta haber pintado eso.

CAMPESINO I.

¿Y no sabe quién es?

CAMPESINO II.

Se parece mucho a Don José Clemente Sarmiento con quien he viajado. Ese que llaman el Sarmiento patria.

Vino el joven esta madrugada con el Edecán Aquino del General Don Nazario. Se despidieron aquí. El niño ha esperado horas que le procurase cosas y que se iba para Chile.

CAMPESINO I.

A mí que ese latín huele a brugería y por nada lo dejaría en mi rancho. De seguro que es algo malo para los pobres paisanos.

CAMPESINO II.

Así le dije al caballerito, diciendo que el primer aguacero se llevaría lo pintao. Y viera con qué voz me dijo: LO QUE HE ESCRITO NO SE BORRARÁ JAMÁS.

CAMPESINO I.

Puede que sea malo para los que mandan en el pueblo. Será mejor sacarle, créame.

CAMPESINO II.

Borremos y nunca diga a nadie. ¡Cruz diablo! ¡Cruz diablo!

Telón.

A mi amigo el Sr. Dr.
Faustino Sarmiento,
su compatriota
J. M. Gref. de las Heras

ACTO III

Los Portales de Santiago, 1841.

(En los altos de los Portales de Santiago, uno de los almacenes arriba de las galerías. Amplio espacio. Uno de los costados inclinado con claraboyas. Cuatro sillas de paja descalabradas y cogitrancas. Un cajón y una barrica sostienen un tablón que sirve de mesa de tralajo, llena de papeles y folletos. En el suelo distribuídas las entregas del Diccionario de la Conversación, es la biblioteca. Un montón de pellones y recado es la cama. — Cuelgan una espada, pistolas, riendas etc.)

ESCENA I

SARMIENTO, JOSÉ POSSE.

SARMIENTO.

Dios sea loado, que se acaba la baraúnda electoral. Prende un cigarillo que este tabaco es más bravo que un tigre de los llanos y este papel contiene impresos improperios de Bilbao. Tiéndete y charlemos, que tenemos por delante un buen tiempo de solaz.

POSSE.

Deberías decir horas o momentos, que tú no sabes descansar. Deja eso para mí que soy incansable para el descanso.

SARMIENTO.

Tenía que contarte de la Cecilia....

POSSE.

Ya sabes que estoy por casarme en cuanto llegue a Tucuman y es mejor no mirar para atrás

SARMIENTO.

Al contrario. Debes medir lo que sacrificas para afianzar la felicidad que te espera. Oye, tonto, que haciendo humo, tenemos el símbolo del amor que tan pronto se disipa en el espacio. Estuvimos con la Cecilia en los jardines de Pocuro, noches pasadas. Le inventé que una conjuración había estallado en San Juan y era probable te hubieran degollado...

POSSE.

Pero...

SARMIENTO.

No hubo conjura y nunca estuviste en San Juan. Quería saber si la plaza estaba desguarnecida. La tuve toda la noche con lágrimas en la punta de las pestañas:- Pobre Pepe! Qué bueno era! No bailó esa noche y prometi, si escapabas del trance, hablarte de su recuerdo, su mal encubierto amor.

POSSE.

Pobrecita! Se habrá desengañado. Ya sabe ella que estoy comprometido y que soy el hombre de una sola mujer.

Pero, dime, truán! en qué están tus amores?

SARMIENTO.

Lo peor posible. Conoces bien mi situación. Mi aventura concluye en que no tiene salida, ni desenlace.

POSSE.

No te has de morigerar y el campo de los amores es vasto.

SARMIENTO.

Pero el campo no es orégano. El amor por los ojos entra y para suplir las desventajas fisicas, se requiere perseverancia para hacer prevalecer lo ideal sobre las apariencias. Puede uno tratar de parecer buen mozo, pero es en vano trabajar para ser buen mozo.

POSSE.

No te hagas el chiquito. Sabemos que eres interesante en sociedad y tus éxitos....

SARMIENTO.

Son las burbujas de jabón, con los colores del iris y nada por dentro. Soy, como tú, monógamo y muy sincero. Aspiro a un amor único y perenne, como buen caballero. ¿Cómo habría de arrastrar a una joven inocente en mi camino atormentado?

En todo lance amoroso, viene el momento en que la ninfa huye hacia los sauces, mirando para atrâs, a ver si se la sigue, como dice el idilio Virgiliano que Don Andrès Bello nos traducía ¿te acuerdas? Huye arisca y sonríe por encima de la espalda y en ese momento en vez de seguir, me viene a la mente

algo que debía mandarle decir a nuestro amigo Don Juan Manuel de Rosas y ahí quedo yo plantado.

POSSE.

Patrañas! No creo en tal cortedad.

SARMIENTO.

Pues, créeme, Pepe. Persigo la gloria y si consigo merecerla seré yo el mismo de siempre, el más accesible de los hombres; pero quedaré recargado con deberes muy penosos. El reposo es para mí la más gravosa penalidad y mi tarea es inmensa. Nada podrá hacerme desviar de mi propósito, ni la felicidad, ni la desgracia.

POSSE.

La gloria a que aspiras y alcanzarás, será una luminaria para atraer mariposas.

SARMIENTO.

Oh! que nó! Una existencia ilustre es como la fantasmagoría del teatro. Desde la sala, todo son luces y galas. Márchate detrás del telon y verás las cuerdas que sostienen una nube pintarrajeada, los maquinistas sudorosos armando un delicioso paisaje manchado de aceite. Verás al Principe Charmant cargándose con sourisas más tristes que un desengaño y a la bella ideal con pinturones para hacer brillar de lejos la primavera sobre sus mejillas.

La compañera de un grande hombre vivirá detrás de bastidores. Contemplará la tosca maquinaria que agita la ilusión de la gloria y sólo conocerà la inmensa miseria de la vida, las coléricas venganzas que se atraen los precursores y cuanto mayores beneficios esparcen, más amargas injurias cosechan. Un ser humano encargado de la tarea divina de crear un mundo, aún cuando no fuese sino el mundo de sus ilusiones, tiene nervios más sensibles, alma más vibrante para más sufrir los azotes de la injusticia. Si consigue ser estóico en presencia del público y ante la sala iluminada, es en lo íntimo el más desgraciado capaz de hacer sufrir a la compañera de su triste exestencia.

Soy más desgraciado de cuanto tú puedes imaginar. Cuanto más amara yo a una mujer divina, más rápido sería en escaparme para evitarle tanta desdicha.

POSSE.

Mi pobre Sarmiento, ya he oído los lamentos de tu corazón. Creo haber penetrado hasta el fondo de tus aflicciones morales, para ver allí el infierno de tu vida. La fortaleza de tu espíritu y la virilidad de tu carácter te salvarán, sin embargo, de ser el más desgraciado de los hombres. Otro que tù, habría caído anonadado bajo el peso de los mil y un contrastes de tu existencia. Tu gloria será exelsa : pero no valdrá los dolores secretos que atormentan tu alma. Tu estóica grandeza tampoco la conocerán las generaciones venideras en cuyo provecho habrás trabajado (1).

SARMIENTO.

Aspiro a una gloria a largo plazo. La gloria póstuma será acaso la única que alcanzaré. El consuelo y la esperanza que pudiera buscar en el abismo de bondad del corazón femenino, son cosas que me estarán vedadas mientras viva peleando. Esa gloria es un secreto entre tù y yo. Me siento incapaz de enbaucar a una probre chica.

Adios ! Amor ! Vivan los amores ! Adelante. A dios rogando y con el mazo dando.

Hay que hacer la guerra alegremente. El buen reír educa y ameniza la contienda. Los grandes espíritus son eternamente risueños. Cuando la inteligencia sonríe, hay alegría en las alturas y paz en la tierra para los hombres.

POSSE.

(*Paseando pensativo, se asoma a la puerta y dice*) : Veo venir a tu casera, a Doña Gloria en persona. Viene con paso claudicante como las Plegarias del viòjo Homero, siguiendo al Dios de las venganzas o sea la cobranza de alquileres

Dime un poco, ¿ estás en regla con tu casera ?

SARMIENTO.

Nada le debo si no son atenciones y nunca daberé nada a nadie. Es una mujer exelente a pesar de las apariencias.

POSSE.

No deber a la casera es el comienzo de la sabiduria. Me escabullo para que Doña Gloria no me confunda con quienes te

(1) Estas palabras de Posse son tomadas textualmente de una carta *posterior*.

hacen perder el tiempo. El correista de Copiapó debe haber llegado. Si hay alguna novedad, volveré, pronto.

(*Exit Posse.*)

ESCENA II

DOÑA GLORIA, SARMIENTO

(Doña Gloria, espesa maritornes con rostro agraciado, maternal y bondadosa.)

DOÑA GLORIA.

Señor de mi alma! Cómo cuesta subir donde Vd. Don Domingo!

SARMIENTO.

Pero Señora Gloria. Vd. se crée casera de este caserón y olvida su dignidad de portera de los Portales. Si fuere casera, estaría Vd. obligada a recorrer como alma en pena todas las más arduas escaleras. La gloria además, mora en las alturas. Suba Vd. y no se canse de subir.

D. GLORIA.

Lo que sé es que estas bohardillas no fueron hechas para habitarlas, sino para depósitos. Bien se está Vd. en estas alturas porque su gloria no tiene un cuerpo tan pesado como el mío. Pero se me hace que Vd. también le tiembla a las escaleras, pues se lo lleva todo el día, aqui, cocinando, como quien dice.

SARMIENTO.

No tome a mal, mi exelente amiga, el que traduzca en broma inocente el placer que me causa siempre su bondadosa persona. Bien sabe Vd. que la tengo como a un angel de Gloria, porque veo su gran corazón y el mundo de cuidados con que me favorece Vd. todos los días.

D. GLORIA.

Vamos Señor, no habrá mujer nacida que no quiera a un joven que hace de la noche día para trabajar y tiene siempre a la mano una caricia para los chicuelos del barrio.

SARMIENTO.

Vd. se sube a cada rato esas endemoniadas escaleras para limpiar y fregar aquí que es un primor y eso debía ser obligación mia. Me ha enseñado a comprar barato mi sustento y me aporta ese divino *mote* de cada día. Dígame siquiera el secreto del *mote* para enviarlo a mi madre al otro *lao* de la Cordillera.

D. GLORIA.

Pues, el secreto del mote está en comprarlo temprano. Lo venden gritando : Mote! Mote, le vendo! — Vamos, si no es otra cosa que trigo cocido y servido frío. Es la providencia del pobrerío y tan barato, que si no se lo cobrára a Vd. saldría yo ganando.

Pero vamos, Don Domingo, a otras cosas. Dice el Gerente que le va a aumentar la mesada del alquiler. No será mucho el aumento, según dice, pero es bueno que Vd. lo sepa.

SARMIENTO.

Es un buitre el tal gerente. Estos desvanes estaban desocupados y no querían cobrarme nada al principio y yo insistí en pagar diez reales para ser inquilino regular sin que puedan molestarme. ¿De donde les vendrá la idea de aumento?

D. GLORIA.

Es que dice que Vd. atrae consideración con los señorones que vienen a verlo y así dice que podrían alquilarse todas esas piezas inútiles. No me acuerdo la palabrota que decía... Ah! sí; que se ha *valorizeado* y Vd. ha de pagar tanto como otros inquilinos, si los hay.

SARMIENTO.

Hágame acordar que se lo cuente a Vicente Lopez quien sabrá convertir ese ingenuo latrocinio en alguna máxima de economia politica, que ha de pagar quien valoriza una cosa, en lugar de cobrar comisión.

Bueno; señora Gloria, venga el aumento y si puedo, lo pagaré. Sinó me alzaré con mi rico mobiliario.

D. GLORIA.

Olvidaba decirle que hace un rato me habló en la portería ese viejito Las Heras, a quien le dicen General. Tiene buena presencia, pero vamos, no tiene traza de General.

SARMIENTO.

Y así es la Gloria! ¿Y qué le dijo el vejete de buena traza que no la parece a Vd. ser un General?

D. GLORIA.

Me dijo asi que iba a volver para visitar a Vd. Yo le dije que esperase en la portería que yo le diría a Vd. para que bajase. Y dijo asi, que no valia la pena, que él sabe subir.

Creo que no tengo más que decir y pués, vóyme yo.

Exit D. Gloria.

(Sarmiento pone orden en sus papelas y cosas desordenadas.)

ESCENA III

LAS HERAS. — SARMIENTO.

LAS HERAS.

Salud al triunfador! Han ganado Vds. la elección. Será Presidente de Chile aquel que fué sostenido por un argentino. El triunfo de los conservadores de este lado de los Andes, lo deben al liberal y demoledor de allende. Amigo mío, lo felicito muy de veras.

SARMIENTO.

Entre sus felicitaciones tan amistosas, mi ilustre amigo, no puedo defenderme de hallar cierto reproche. Debo a Vd. una esplicacíon tardía que no tuve ocasión de presentarle durante la lucha.

LAS HERAS.

De manera alguna. Si hemos disentido en la elección del partido chileno donde podía actuar un escritor argentino y si, llevado por mis simpatías, creí deberle indicar al partido liberal, mi opinión no tenía fuerza de mandato, ni pretendía yo imponérsela. Creía a los liberales de Chile un partido reformador, cuyos ideales coinciden con los nuestros. Su juicio de Vd. ha prevalecido y no traigo sino sinceros parabienes por los bríos y los talentos que ha demostrado y hacen honor a un compatriota. Ni la sombra de un reproche de mi parte.

SARMIENTO.

Nada me reprocha Vd.; pero bien puedo reprocharme a mí mismo el haber disentido con Vd. Tenía Vd. por delante a un desvalido sin experiencia y tuvo la bondad de aconsejarme, con la delicadeza superior de su gran valimiento y hubiese sido muy del caso que siguiese yo sus indicaciones, dado el respeto y admiración que su persona me merece. Si su grande modestia de Vd. admitiese alabanzas a boca de jarro, tentado estaría de descubrirle una punta del velo que oculta el porvenir a los grandes actores. Si nuestra patria vuelve a cobrar conciencia de sí misma, el General Don Juan Gregorio de Las Heras ocupará uno de los más altos pedestales de la gloria... Soy yo para Vd. una parte de la posteridad.

LAS HERAS.

Calle, hombre. No es para tanto. Hablemos de nuestro asunto.

SARMIENTO.

Tampoco puede Vd. dudar de mi agradecimiento por las bondades extremas con que me ha sostenido en mis primeros ensayos. Sin Vd. sin los Rodriguez Peña, Domingo de Oro, Manuel Montt, no hubiera osado pretender un lugar en este país donde brillan inteligencias de primera magnitud y escritores mucho más preparados que este pobre sanjuanino de la frontera que no ha cursado un aula, ni estudiado metódicamente.

LAS HERAS.

¡ Como habré de olvidar los trances en que se hallaba Vd. cuando apareció su primer escrito, para saber si era considerado escritor por personas competentes! Supo Vd. que Domingo de Oro y Andrés Bello andaban averiguando quién era el novel escritor para felicitarlo. Pronto asistimos al despertar de la conciencia chilena, convencida de ingratitud para con San Martin y sus compañeros. Cuando vió restablecido en su rango de honor al emancipador de Chile, pudo Vd. cerciorarse que una palabra sincera es elocuente por su propia sinceridad y debía operar milagros sobre nobles espíritus como son estos chilenos que nos acojen y nos tienen en las palmas de las manos.

Pronto se lanzó Vd. en la palestra con los bríos de un com-

batiente que pega donde debe pegar. Llenó Vd. de asombro a los chilenos, pero puede imaginar si sus compatriotas debían celebrar sus triunfantes embestidas y ver en Vd. al hombre que nuestra patria necesita.

Le repito que no hubo entre Vd. y yo un disentimiento, sino una diferente apreciación de cosas que no se refieren a la política argentina.

SARMIENTO.

Pero considero que de política argentina se trata. Expatriado, quizá de por vida, pienso vivir la vida de mis huéspedes y no como viajero indiferente. Pienso identificarme con Chile, penetrarme de su esencia y sus necesidades, sufriendo, aconsejando y rabiando, como lo hace todo buen chileno en uso de sus derechos inalienables. Esto hace a la educación que debo dar a mi espíritu, tanto como a la gratitud que debo a quienes me acogen. Considere Vd. mi glorioso amigo, el presente y el porvenir. Si logramos hacer patria, una patria tal como la soñaron Vds, quienes la hicieron independiente, si logramos educar las ideas argentinas como para crear una nacion civilizada, nada perderemos si hemos contribuído al adelanto de nuestros vecinos, que son de nuestra estirpe, y con quienes habremos de marchar juntos, tomados de la mano. Si nuestras ideas son realizables en Chile, el experimento nos mostrará la parte de error que por fuerza contienen.

Es por las ideas que habremos de triunfar. Las armas serán victoriosas cuando las ideas habrán preparado el campo de batalla donde acudirán todos los que viniesen a convencerse que vivirán más felices dentro de un organismo que asegure la justicia y nó bajo el capricho de los bárbaros.

LAS HERAS.

Le escucho a Vd. con placer infinito. Es todo un programa, producto de su poderosa mente.

SARMIENTO.

Pero, señor mío, no me vaya a espantar la caza! El impulso de nuestros actos, o si se quiere, el alma de las ideas, debe encerrarse entre las reservas que se lanzan en el momento decisivo de la batalla. Habremos de sufrir más de un contraste y si salimos al fin victoriosos, en el mismo momento en que nos creerán vencidos, será porque uno de los nuestros,

Las Heras, como en Cancha Rayada, habrá sabido salvar las reservas y lanzarlas al triunfo.

LAS HERAS.

Le aseguro que no estaba yo esa noche para teorías. Esto no quita que tenga Vd. razón en eso de conservar siempre en las manos los refuerzos frescos.

Muy bien. Pero nos alejamos de sus motivos, que deseo conocer, para plegarse al partido conservador en Chile.

SARMIENTO.

Los rótulos externos de los partidos no son siempre la realidad de lo que encubren. En lugar de liberales, digamos los adversarios del partido dominante, que se llama conservador y fuese liberal si estuviese en la oposición. Siempre serán conservadores los que tienen posiciones que conservar, sin estar condenados a ser reaccionarios o a resistir todo progreso. Nosotros somos liberales y los de Rosas conservadores, o bien somos unitarios y ellos federales, y quien sabe si algun dia no nos veremos obligados a implantar verdaderas instituciones federales, abominando el unitarismo sangriento de un déspota?

Pero en Chile los partidos políticos no están separados por barreras infranqueables, como en nuestra tierra hoy día, con la civilización de nuestro lado y la barbarie del otro. Son todos buenos chilenos repartidos en bandos políticos con la ordinaria dósis de bueno y de mediocre.

Mi preocupación principal era saber si el partido liberal era viable para el gobierno Su actual derrota lo muestra por mucho tiempo inhabilitado para ser gobierno.

Esta es mi confesión, mi queredo General. Para tener libertad de hablar contra la tiranía, necesito arrimarme a la buena sombra de un buen árbol, y si estuviese en la oposición aqui, daría pretexto para hacerme callar. Para ensayar la aplicación de las ideas con que vamos a voltear la tiranía argentina, necesitamos arar un campo nuevo y el arado es un gobierno. La libertad que sueño para mi país es una libertad garantizada por un gobierno regular.

LAS HERAS.

Esta confidencia, que tanto agradezco, de su pensamiento intimo, debe entrar en el programa de reservas. Porque, ¡ira

de Dios! la que se armaría, si uno de tantos adversarios que Vd. ha sabido conquistar, viniese a pispar un móvil tan fácil de explotar ante quienes no conocen su austeridad de principios y de conducta.

SARMIENTO.

¿Tengo su aprobacion?

LAS HERAS.

Absolutamente. Estoy persuadido que no hace Vd. abandono de los principios liberales de nuestro programa, las libertades indispensables, el Dogma Socialista?

SARMIENTO.

Lo que reprocho al Dogma Socialista es pretender ser un dogma. No reconozco más que un dogma, y es adaptar las ideas a lo realizable. Por ahora, no hay más dogma que hacer habitable la casa y después civilizar. Sin eso, nada!

LAS HERAS.

Debo confesarle a mi turno que siento invencible apego a las ideas liberales que han sido la norma de mi conducta.

SARMIENTO.

¿Cómo podré renegar el verdadero liberalismo, el de los hombres de la Independencia, el que Vd. aplicó en su gobierno de Buenos Aires? Esas ideas serán la base de las instituciones que habremos de fundar, pero no tan liberales como para que su liberalismo sirva para destruírlas. Sin las ideas de libertad de la generacion de Vds. los Padres de la Patria, no seríamos nada y estaríamos sumidos en el despotismo colonial, durmiendo, sin soñar....

ESCENA IV

LAS HERAS, SARMIENTO, DEMETRIO PEÑA, DOMINGO DE ORO, VICENTE LOPEZ, JACINTO PEÑA, CARLOS TEJEDOR.

D. PEÑA.

¡Salud al infatigable!

DOMINGO DE ORO.

Nos hemos reunido para felicitarlo por su triunfo. Pero se

nos ha adelantado el querido General, quien le habrà tirado un poco las orejas.

LAS HERAS.

Sigo siendo el liberal de siempre; pero Sarmiento me ha dado tales razones para ser conservador en Chile que lo he aprobado con calor.

SARMIENTO.

Gracias, mis amigos. Lo que han visto no son sino escaramuzas. Ya me verán cuando se trate de hacer Presidente a Don Manuel Montt. Ya verán arder las piedras. Ese sí es hombre de Estado y si puede, nos ayudará.

LAS HERAS.

Nuestro querido Sarmiento acaba de explicarme, en términos que hacen grande honor a su perspicacia y patriotismo, sus motivos para sostener al actual partido gobernante en Chile. Él les dirá a Vds. lo que crea conveniente de sus confidencias; pero respondo a Vds. que me ha convencido, y casi estaría tentado, yo liberal viejo, en hacerme gubernista en Chile.

DOMINGO DE ORO.

No veo inconveniente en que cada argentino, como cabra que tira al monte, demuestre sus simpatías per tales o cuales tendencias políticas, sin mengua de los intereses de la patria. Lo que veo con certeza es la conveniencia de que algunos de nosotros estemos con el gobierno chileno y contribuyamos al orden y estabilidad del país que nos alberga. Si todos fuésemos de la oposición, con la exaltación natural de los emigrados políticos, haríamos el juego de Rosas, quien podría decir que somos revolucionarios por instinto y temperamento, y nos señalaría como séres insoportables, indignos de todo asilo.

SARMIENTO.

Si nos hubiésemos concertado, Don Domingo de Oro y Domingo Sarmiento, no habríamos dado mejor en la misma tecla. Conveníamos hace un momento con mi ilustre amigo que Rosas y el caudillaje representan una crísis orgánica y que el tratamiento es obra de largo aliento.

LAS HERAS.

Perdone que le diga sin ofender su modestia, que esas ideas

son suyas propias, por más que me seduzca el adoptarlas, encerrando un exelente plan de campaña.

SARMIENTO.

Es mi ambición que todos los hombres inteligentes las hagan suyas y en ellas perseveren.

Desde las proscripciones de Sylla, la historia no presenta caso tan peregrino y extraño como el de una vasta región donde se hubiesen congregado para exterminar a todo individuo ilustrado o sospechado de no ser un bruto. El hombre capaz que, como el abate Siéyès, se hubiese salvado, podrá decir con orgullo; hé vivido. Y para eso habría logrado disimular toda inteligencia y apagar todo intento de pensar por si mismo.

Todos los argentinos pensantes escapados del masacre, viven en el seno de las naciones vecinas y si no han perdido el sentir de la patria, contemplan la lejana tormenta, prontos a lanzarse al combate, cuando una vislumbre de éxito se presenta a su vista. Las fieras nos han arrancado de nuestros hogares y es fuerza que nos congreguemos para estudiar el mal y el remedio.

No hay mal que por bien no venga, dice la resignación cristiana. Opino que la inmensa desgracia argentina puede aportar un bien inapreciable, cual sería crear un congreso ideal de hombres ilustrados, aleccionados por dura experiencia, pero desprendidos de las ataduras de intereses locales. Y ese Congreso ideal seríamos nosotros los emigrados.

DOMINGO DE ORO (*murmurando*).

Un lièvre dans son gîte songeait, car que faire dans un gîte, si l'on ne songe?...

SARMIENTO.

No hablo de ensueños, sinó del arte de eliminar los ilusiones y las utopías. Mi Señor Don Domingo, convendrá Vd. en que la crisis de barbarie tendrá un fin, pues la violencia acaba por devorarse a si misma. Vendrá la estinción del caudillage, cuando la tierra empapada no pueda absorver más sangre, o bien cuando esté madura una revolución pretoriana, en cuyo caso el levantamiento de otro caudillo necesitará apoyarse en la reacción preparada por las ideas. De esa manera, o de otra imprevista, de restablecer la civilización,

se apelará a los hombres inteligentes que fueron proscriptos por ser inteligentes.

Cuando llegue ese dia, serán escasos los bienes que aportaremos, si nos hubiésemos abandonado a la corriente y no hubiésemos preparado el terreno y la simiente. Serán abundantes e imperecederos los bienes que aportaremos, si penetramos en lo hondo de los males que afligen a nuestro país, eliminando las ideas irrealizables, y nos hallásemos en posición de transigir con las necesidades creadas.

La lucha que debemos emprender será árdua y larga. Empuñarémos las armas cuando seamos llamados; pero estimo que las armas intelectuales serán las más eficaces, si sabemos convencer a los pueblos que serán más felices dentro de un régimen ordenado. ¿Y quienes son los hombres, si no son fieras, que no aspiran a mejorar de condición?

Somos hombres de pensamiento y viviendo la vida de emigrados, haremos sin poderlo remediar, vida de pensamiento. Nunca podremos olvidar los problemas argentinos. Deber nuestro será examinarlos, estudiarlos y presentar las soluciones que serán la mejor propaganda.

Esto es, mis amigos, lo que nuestro glorioso General Las Heras se digna llamar un plan de campaña que la necesidad nos impone.

VICENTE LOPEZ.

Bravísimo. Es de una lógica irrefutable y de claridad resplandeciente. Sólo me occurre el temer que, alejados del campo de experimentación, nos perdamos en nebulosidades.

LAS HERAS.

Oh! que nó. Mi vieja experiencia me ha enseñado que las grandes palabras y los conceptos obscuros vienen a los labios cuando una idea ha perdido su claridad.

Se tratará de cuestiones concretas y acaso a la distancia perderemos de vista las menudencias ocasionales que obstruyen la visión clara.

SARMIENTO.

El patriotismo es una virtud de práctica diaria. Se concreta a las cosas hacederas, por humildes que sean, y sólo se pierde en las nubes cuando abandona el terreno de la vida. Si puedo mejorar una banca de escuela o hacer que se cultive una planta útil, habré hecho obra de patriotismo y me creeré a

mí mismo un gran patriota el día en que hubiese realizado un gran número de cosas útiles. Si no puedo hacer nada en mi país y lo hago en Chile, será obra de patriotismo superior aquella que alcance a otra porción de la familia humana.

Lo que hiciera cada cual será cuestión de índole propia. Como no podemos constituirnos en una Legislatura sin mandato, podemos adoptar una regla de conducta : — Seamos buenos chilenos en Chile y sirvamos la patria en el dominio de las ideas.

D. PEÑA.

Para alcanzar mejor este vasto pensamiento, me permitiría indicar la oportunidad de que Sarmiento, o alguno de los Señores, abordase como indicación alguno de los grandes problemas argentinos.

SARMIENTO.

Muy bien, muchacho. Eso es hablar y no divagar.

El problema primordial en cuanto miramos nuestro país es la población. Nuestra heredad territorial está diciendo a gritos que ha de ser el asiento de una grande nación civilizada, lo cual no será posible realizar con poblaciones esparcidas a grandes distancias. Pueblos apartados y tribus errantes es la vida patriarcal, si están como en la Biblia bajo la promesa de ser el pueblo elegido de Dios y así mismo hubiese sido de desear que los hijos de Abraham no vendiesen a su hermano. Dentro de las condiciones humanas, la vida nómada será siempre incompatible con una justicia distributiva y con una fuerza social órgano de una moral superior.

Habremos de poblar el gran territorio para que rinda las incomparables riquezas de su suelo. Habremos de abolir la pampa para hacer de ella el granero del mundo.

Llamar el brazo extrangero era ya parte del programa de la Independencia. Aqui está el General Las Heras quien lo intentó en Buenos Aires.

LAS HERAS.

Y asi me fué. Somos de raza intransigente. Para todo español neto el no ser español es como ser diablo cornudo y con cola.

SARMIENTO.

El que sea dificil hacer fructificar una idea no da motivo para abandonarla. La dificultad es aliciente para estudiar y

preparar los medios de llevar una idea a la práctica. Repito mi aforismo. El territorio argentino es el plantel de una gran nación. Despoblado, estará destinado a la vida pastoril, y las poblaciones sometidas a las depredaciones de los que no podrán procurarse ciertos bienes sino por robo y asalto. Con españoles puros no se hacen instituciones libres, educados como somos a someternos a la opinion del Ordinario. Con indios no existe responsabilidad individual y con ambas razas quedaremos como somos o algo peor.

Cuando habremos de llamar a los europeos, no les pediremos para empezar sino que consientan en enriquecerse y aportar costumbres civilizadas. Formarán una base de riqueza y de conservación que servirá de contrapeso a nuestras inquietudes y afanes precipitados que se traducen en revoluciones. Una gran prosperidad podrá tener por efecto temporario el predominio de los intereses materiales; pero no creo mal camino el bienestar para aspirar a ideales superiores que nacen de la elevación social.

Será entonces cuando habrán de resolverse problemas de razas que tienen soluciones elegantes en los Estados Unidos y se han resuelto tras de todas las invasiones de la historia. Tenemos ya mucho adelantado. No vendrá Juan Jacobo Rousseau a contarnos que los hombres primitivos fueron mejores que los civilizados, y sabemos de lo que un salvaje es capaz. Otro mirage europeo se disipa en América, cuando se crée en odios hereditarios, pues en terreno nuevo todo hombre se adapta a nuevas necesidades.

DEMETRIO PEÑA.

Bien sabe mi querido Sarmiento cuanto respeto sus opiniones, producto de meditaciones profundas. Pero me hallo perplejo. Por un lado un programa indiscutible y por otro la dificultad insuperable para ponerlo en práctica inmediata. No le vamos a decir a Rosas que llame « gabachos maturangos », ni a los argentinos les vamos a decir una cosa monstruosa para ellos, que no sirven para hacer patria. Mientras consigamos poblar nuestra tierra ¿qué programa práctico podemos adoptar para combatir la tiranía?

SARMIENTO.

Al tirano habrá de sumírsele bajo la masa de materiales que el estudio, los viajes, la ciencia, la literatura acumularán

en torno suyo, como se amontona paja para hacer humo en la viscachera y hacer salir al animal dañino, si no se le puede ahogar en su guarida.

El progama de ideas que combatirán la tirania es sencillo de formular.

Consiste en hacer lo que no ha hecho Rosas y rehacer lo que él ha destruído.

Rosas no ha tomado una sola medida para favorecer el comercio interior. Habrán de restablecerse los correos, dar seguridad a los viajeros y dejar desarrollarse la industria naciente.

Rosas no ha asegurado la frontera contre las depredaciones de los indios, porque ese trabajo no le produce ventaja contra sus enemigos civilizados. Una línea de fronteras y colonias militares formaría ciudades y provincias florecientes.

Ha puesto barreras insuperables para que nuestros ríos no puedan ser navegados. Millares de naves deberán remontar los ríos a extraer riquezas que hoy no tienen salida, ni valor.

Se ha apoderado de las rentas del puerto de Buenos Aires que pertenecen a todo el pais.

Ha destruído los colegios y confiscado las rentas de las escuelas. Organizaremos la educación, porque el saber es riqueza y un pueblo que vegeta en la ignorancia es pobre y bárbaro.

Ha encadenado la prensa y sólo permite diarios para vomitar injurias. Fácil será convencer a las gentes que una prensa sensata fomentará las artes, la industria, el comercio (1).

TEJEDOR.

Habrá que convencer a nuestros paisanos que su persona no es propiedad de ningún otro bárbaro, que la honra de las nujeres no está a la merced de apetitos sin freno y que el capricho de un mandón no dispone de lo que cada uno posée. Códigos y justicia.

SARMIENTO.

Surgen a montones las garantias civilizadas arrojadas al escarnio. Nos presentaremos con los puños llenos de verdades y organizaremos la sociedad futura y no habrá cuidado que perdamos de vista las realidades apremiantes.

(1) Extracto del programa formulado en Civilizados y Barbarie.

Ningún pueblo habrá tenido ocasión de reunir en un santo propósito a tantas inteligencias. No habrà cuidado que pudiésemos extraviarnos y nos seduzcan ficciones. Las utopías no tienen cabida donde todo debe hacerse dentro de la terrible realidad. Creo además, que las cosas hay que hacerlas, hacerlas mal, pero hacerlas. Tengamos por asegurado el magnífico porvenir. Trabajemos para que la organización argentina no sea la obra del acaso, sino el resultado de un propósito deliberado.

ESCENA V

LOS MISMOS, JOSÉ POSSE.

POSSE.

Grandes noticias. El General La Madrid con un ejército, está en marcha para libertar las Provincias de Cuyo.

SARMIENTO.

¿Cómo lo sabes tú?

POSSE.

El Dr Antonino Aberastain me manda comunicártelo en carta que escribe desde Copiapó. Puedes enterarte.

SARMIENTO.

Con el perdón de Vds. (*Pausa.*)

Señores: No se puede dudar de la palabra de Aberastain. Dice aquí lo que él sabe. Sólo me recomienda estarme tranquilo y esperar los sucesos. Pero eso está por verse.

LAS HERAS.

Acaso sea prudente guardar reserva y no esparcir tan grave noticia. Aun cuando no parezca que a tanta distancia de los sucesos pudiéramos con una indiscreción destruír el efecto de la sorpresa, tan importante en la guerra. Nada nos impide celebrar entre nosotros con alborozo esta nueva manifestación de la vitalidad civilizada de nuestra patria.

¡Viva la Patria!

TODOS.

¡Viva la Patria!

(Todos se retiran, menos Posse y Sarmiento.)

ESCENA VI

POSSE, SARMIENTO

SARMIENTO.

Lo de estarse quieto se refiere al publicista y e General Las Heras tiene razon. Pero el cuerpo me tira hacia allá. No puedo quedarme. Mañana temprano, estaremos a caballo, tú y yo y pasado mañana pasamos la Cordillera.

POSSE.

Voy contigo. La Cordillera está cerrada, pues la abriremos.

SARMIENTO.

Manos a la obra. No llegaremos a tiempo, si buscamos compañeros. Nuestros caballos aquí a la madrugada. Trata de procurarte abrigos, que aquí escasean. Por lo demás, a la guardia de Dios. Venga un abrazo.

(*Exit Posse.*)

ESCENA VII

SARMIENTO y después MANUEL MONTT.

(Sarmiento busca en sus bolsillos y rincones y hace muecas de despecho al reunir escasos recursos.) — Entra don Manuel Montt, ministro.

MONTT.

Señor Sarmiento. Tengo el agrado de anunciar a Vd. que fuera del puesto de Presidente de la República, puede Vd. aspirar a toda posición que fuese de su agrado. Tome Vd. carta de ciudadanía y su porvenir estará asegurado. No sabremos como recompensar el servicio que debe Chile y la causa del orden a sus talentos. Todo se lo merece Vd.

SARMIENTO.

El General La Madrid está en marcha para libertar a mi pueblo. Mañana temprano estaré en camino para incorporarme a su ejercito y no me quedan sino horas para mis preparativos.

Señor Montt ; será eterna mi gratitud por su bondadoso

apoyo y si vuelvo a Chilè me tendrá Vd. a su lado y a sus órdenes.

MONTT.

Le hablaba como Ministro. Permítame le hable como amigo. Me parece precipitada su resolución. Cuando llegue Vd. a San Juan estará terminada la campaña militar. Si triunfa La Madrid deberá Vd. esperar que sus servicios civiles fuesen requeridos. Si un desenlace funesto remacha las cadenas de su noble pueblo, pasará Vd. penalidades sin provecho.

SARMIENTO.

Olvida Vd. mi exelente amigo, que somos civiles con espada al cinto. Mis servicios militares son los que debo ofrecer ante todo.

MONTT.

Las noticias que tenemos en el Gobierno no son alentadoras. Se crée que las fuerzas de sus amigos son insuficientes. En general consideramos que el estado de los espíritus no da esperanzas de una reacción. Estoy persuadido que sus talentos de Vd. son indispensables para preparar esa reacción. Su campaña consiste en agitar las ideas que civilizan y su puesto de combate está aqui.

SARMIENTO,

Tengo la amistad que Vd. me dispensa como un favor de la Providencia y sus consejos son para mí la razon misma. Por eso le suplico a Vd. no insista en desaconsejarme un impulso irresistible. Si me quedára aqui, a la espera de los sucesos, tendría roto en mi alma todo resorte de acción. Nunca más me creeré con autoridad moral para aconsejar a otros el denuedo y el desinterés.

MONTT.

Déjeme decirle muy amistosamente que le creía mas asentado el juicio en cuanto a prudencia.

Bien debo saber, empero, que su pensamiento varonil es producto de su heroismo y la autoridad moral de su palabra nace de su espíritu de sacrificio. Me hallo, sin duda, influenciado por noticias poco alentadoras, mientras Vd. procede con el ardor del patriota. Vaya Vd. y combata. Mi amistad sólo requiere de V. que en ningún caso, por despecho ó pre-

cipitacion, deje Vd. anular la fuerza que encarna magnificamente.

Retorne Vd. para ser un buen chileno y resérvese para ser un gran argentino.

SARMIENTO.

Una esperanza inmensa me enpuja.

MONTT.

Démonos un abrazo y a Dios rogando...

Telón.

José Posse.

ACTO IV

El Palacio de los Argentinos, 1850.

(Los salones de la Condesa de Toro en Santiago de Chile. — Salón intermediario entre otros donde se divisa el bullicio de una recepcion mundana. — Grupos de invitados atraviesan la escena, sin interrumpir el diálogo entre Posse y Sarmiento y éstos pueden saludar al paso a los invitados.)

ESCENA I

SARMIENTO, JOSÉ POSSE.

(Llegan tomados del brazo cariñosamente. Se detienen y se contemplan.)

SARMIENTO.

Para encontrarte, tunante, era necesario rastrear tus pasos hasta el Palacio de los argentinos, como suelen llamar a la hospitalaria casa de nuestra grande amiga y protectora, la Emilia Herrera de Toro.

¿Donde has andado? ¿Qué te ha sucedido desde nuestra aventura andina? Sería de creer que me sacabas el cuerpo.

POSSE.

Anduve buscándome la vida por Copiapó y sus engañosas minas que tienen el talento de "brosearse" cuando uno más las necesita. Pero bien merecías tú que te evitase. Eres terrible. Andar contigo es meterse en berengenal con espinas bravas.

Tu digno abuelo. Don Quijote, atropellaba molinos de viento ó libertaba galeotes, volviendo maltrecho a su pago; pero no mezclaba una aventura con otra y conservaba cierta unidad en cada espisodio de su locura.

El que escriba tu historia no sabrá como salir del atolladero, ni repartir en capítulos tus embestidas. El drama y la comedia de tu vida dará trabajo presentarlos en su integridad, ni siquiera suprimiendo episodios. A fuer de buen romántico, abominas las unidades clásicas, y no habrá por donde agarrarte y clasificarte. El hombre de pró debe condensarse y no esparcirse.

SARMIENTO.

Si hay de todo en mi vida, habrà para todos los gustos. La unidad resultará de los diversos conatos para el bien. No es de ayer que lo dijo el otro, que nada humano reputaba ageno al hombre que era. El jardinero no se rebaja cuando se inclina a enderezar un vástago rastrero.

Si desacertamos, querido, nunca más se hablará de nosotros. Si acertamos en crear una nación con los endebles materiales de que disponemos, entonces caeremos bajo el escalpelo de ciencias que aún no existen, en nuestro tiempo y en estos paises. Será lo peor de nuestra suerte el ser acusados de haber sido unos primarios, porque pusimos la mano en la masa y la acusación será portada por pedantuelos creados en las aulas que les habremos preparado. Bueno fuera que a San Martín se le dijera que en Maipu su estrategia no valía la de Napoleón!

POSSE.

No cavilar y adelante! Pedantes los habrá siempre. Sabios vendrán que ignorarân que si algo se hizo fué en despecho de la ciencia.

SARMIENTO.

En los tiempos civilizados que preparando estamos, para surgir un sabio, habrá de ser entre cien mil que sin nosotros no hubieran aprendido a leer.

Pero, continúa tus denuestos, que me hacen retozar.

POSSE.

Salimos, pues, tú y yo, tu escudero sin panza, a sablear a los tiranos de tu cuyana tierra y apenas asomamos por las nevadas cumbres, nos vino al rostro el viento de la derrota. Los restos del ejército de La Madrid, vencido en Rodeo del Medio, venían dispersos, sin guía, sin alimentos, sin fuego.

El sálvese quien pueda, era para nosotros que podíamos ponernos en salvo sin mengua, aunque sufriendo de ese frío del demonio que quema más que las calderas del infierno.

Volvimos a poblado, a Santa Rosa de los Andes, y fué para meternos en la empresa descabellada de socorrer tú solo, sin medio en el bolsillo, a un ejercito en perdición. Apenas reuníamos un montoncito de algo y ya partiamos a llevarlo a los que iban a morir de hambre ó de frio. Me hiciste pasar cuatro veces la Cordillera cerrada, es verdad que tú la pasaste siete

veces en idas y venidas. Me tanteo todavia, sin poder convencerme que no tengo un miembro helado ¡Quijote! ¡Quijotesco!

SARMIENTO.

Anda con tiento, topo, al hablar del de la Mancha. Lo eternamente ridículo no es la Caballeria andante, sino la crónica preñada de imposibles que Cervantes mató a golpes de genio. El Caballero conserva su desinterés y su noble ilusión. Si mi nombre alcanza a la posteridad, cosa de que no ha de ser cuestión todavia, más de un acto mío parecerá ridículo si cae en manos de un cronista sin criterio.

Tu comentario actual podrá ser vituperable, pero ignoras el espiritu militar cuya tradición se perpetuaba al través de la caballería medieval. Hay gloria en vencer en batalla campal y es más glorioso aún salvar a un ejército que perece. La retirada de los diez mil de Genofonte al través de un continente hostil, es tanta hazaña como las batallas de Alejandro. La salvacion de hombres sin dirección y sin recursos es acto militar y de alta estrategia y además es obra humanitaria. No todo ha de ser matar para el hombre de guerra. El militar puede servir honrosamente la vida entera, sin ocasión de sablear ni de ser sableado. Desempeña con paciencia la alta misión de conservar la fuerza que la patria le confia. Hemos de crear escuelas militares que enseñen otra cosa que ser los ejércitos montoneras con música, creando de nuevo el espíritu militar que alcanza muy altas virtudes.

POSSE.

Que el Dios de los ejercitos te oiga, y no se haga el zonzo, como dicen aquí. Que portásemos nuestras personas en auxilio de aquellos desvalidos, estaba bueno; pero la endiablada música que armastes, alborotando a todo Chile, comprando a crédito cuanto había en Los Andes y alrededores, sin tener con qué pagar el primer cuero lanudo, es cosa que no puedo concebir y tiemblo todavía al aspecto de las montañas de deudas que has contraído. Acuérdate de la casa del bueno de Don Pedro Bari que tomastes por asalto. Escribistes más que el obispo Tostado y me dictabas cartas al mismo tiempo que escribías las tuyas.

Estarás perdido de deudas, ¡miserable! y a la fecha no sé como andas suelto y te admiten en esta honrosa vivienda.

SARMIENTO.

Pues. no se debe un cuarto de real partido por la mitad. Todo está pagago y ha sobrado dinero, para atender y dar trabajo a todos.

Anda, Pepe, hombre de poca fé. Las cosas argentinas te parecen agenas a los sentimientos de humanidad. Los chilenos tampoco entienden palabra de nuestra sangrienta tragedia; pero viendo llegar centenares de desvalidos, a quienes faltaba un poco de alimento y de abrigo para alcanzar el solio hospitalario, todos los corazones se conmovieron y bastó hacerles conocer tanta desventura, para que abundasen los auxilios. Los comités argentinos con los jefes prestigiosos de la Independencia, se sangraron y dieron lo que no tenían, el Gobierno chileno, los vecinos, mandaron lo necesario en dinero y efectos y a cada escalón del via crucis de la montaña esperaban auxilios, médicos, récuas de ganado, fogatas y corazones ardientes. Los argentinos cumplimos nuestro deber y los chilenos se mostraron nobles y dadivosos en extremo.

Hasta ese Chacho *alias* Peñalosa que tanto te divertía, exclamando: — Y como my ai dir, señor, en Chile y a pié!! — Ese mismo tuvo caballo y pilchas, pero pronto se fué de Chile, plagado de haraganes que trabajan la tierra.

POSSE.

Me sacas un peso enorme de encima. Algún día se escribirá tu hombrada en tu hoja de servicios.

Pero ni he empezado siquiera mi expresión de agravios. Si no he logrado verte en tanto tiempo, he seguido tus pasos con ansias y sustos, pues pareces enfermo de agitación extravagante. ¿En qué no has puesto la mano? Vamos a cuentas. ¿Qué te puede importar que los chilenos escriban mal?

SARMIENTO.

No puedo consentir que piense torcidamente quien discute conmigo. Nunca pretendí enseñarles a escribir a quienes siguen servilmente a los admirables modelos, como ellos dicen. Solo intenté forzarles a no razonar como lo haría un mazlo de choclo, ni oponerme adivinanzas de la edad media, ni citarme autores que se caen en polvo cuando se les toca, de puro viejos, cuando de la vida moderna se trata. A un bardo que cantaba en un banquete los dioses primitivos, diz que

le dieron en recompensa cien nueces vacías. Desgraciado del que no marcha al paso de la inteligencia humana.

POSSE.

Confieso que tu verba abundante puede ser grave en la ocasión; pero eres muy mal hablado. Se te escapan expresiones callejeras, soeces o pueriles que tienen su fuerza, sin duda; pero escandalizas el culteranismo de las gentes. Tus adversarios podrán darte lecciones que te hicieran soportar por damas empingorotadas.

SARMIENTO.

Veamos. En las academias se diserta en abstracto, evitando todo concepto preciso. En el foro se emplean terminachos tradicionales. En la cátedra se trepa a las celestes regiones. En la Republica de las Letras hay gentes que no saben caminar sobre sus piés, montan zancos o se encaraman en la percha para loritos. Así mismo el periodismo tiene sus leyes. El vulgo requiere vulgaridades. El orador popular debe herir donde duele y la elocuencia ponerse al habla con el auditorio, si quiere hacer obra de varón.

POSSE.

¿Y la educacion del pueblo? Has de saber que en 1841, cuando empezabas en Chile tu propaganda, a un condenado a trabajos forzados de por vida se le conmutaba la pena por tres años de maestro de escuela. Conocí al pobre diablo y creo hubiera preferido la pena de muerte menos bochornosa.

Buenos están estos "pelucones" para permitir que los rotos se les suban a las barbas. No conseguirás ni una escuela ni un mendrugo para maestros.

SARMIENTO.

¿Qué quieres? Caballería andante y siempre milicia. Militar es hacerse apalear en provecho de otros. Se puede sembrar sin esperar la cosecha. Si no fuese más que para hacerme la mano y para madurar mis ideas, no habría perdido mi tiempo.

POSSE.

Y tu reforma ortográfica. Suprimes algunos absurdos del idioma y te peleas con la Academia española y ahondas la zanja que nos separa de la madre patria. Parricida! Matricida!

SARMIENTO.

¿Y el tiempo que se ahorra al educando evitándole obstaculos? Te admito que, suprimiendo haches que no se pronuncian, poniendo en vereda las gue que son jotas y las c. que no son eses, los de las Aspañas no querrán leer a los indianos y los de este lado del charco no se avendrán con escritos españoles. ¿Y á mi, qué? Lloremos y traduzcamos, dice para España el gran Larra y para traducir nosotros no necesitamos de nadie. No leamos nunca libro malo y nos contentaremos con los nuestros.

POSSE.

Tu haces libros dentro de ese programa de hacerlos detestables para que no te vayan a leer los godos.

Bueno! Bueno. Estoy de chanza para sacarte chispas.

Pero de lo que ni en broma hablaría mal son tus escritos contra Rosas. Ahí te agigantas.

Tu Facundo y tu Aldao que Lopez califica de historias beduinas y que cinco Lopez no harían con tu triunfal apasionamiento; tu Cronica, tus parfletos, todo ese mundo de hojas impresas que caen allá de las cimas como copos de nieve y arrastrados por los vientos a lo lejos se deshacen en ideas que fructificarán, cuando no son peñazcos de granito como los que se lanzan a la cabeza los titanes.

Todo eso quedará escrito en el libro de memoria si hay una patria argentina.

SARMIENTO.

Te estás pasando, Pepe querido. No es que deje de gustar el capitoso perfume de la alabanza sincera de un amigo del alma. Es como el habla misma de la conciencia : la unica recompensa que ambicionamos.

Pero digo que te pasas en un sentir que yo me sé y acaso tu no has percibido.

Lo hecho es un comienzo de lo que habrá de hacerse. Hay cosas que son del porvenir, pero que deduzco con certidumbre matemática. A la tiranía de Rosas no le quedan seis años de vida. Caerá de puro podrida. Las situaciones violentas traen violentas reacciones y estimo que las virtudes mismas que serán necesarias para voltear la tiranía, pueden convertirse en vicios por su propio exceso. Nuestros aguaceros dejan caer goteras de los techos empapados cuando la tormenta ha

pasado. Caída la tirania todas las libertades tardarán en organizarse. La expresión del pensamiento podrá un tiempo reemplazar leyes y constituciones y nadie será bastante osado para ahogar la idea.

Una sola libertad será implantada con vida ardiente sobre los escombros que dejará la contienda. Durante muchos años no tendremos los argentinos nada libre y bien organizado, si no es la prensa libre.

Si por haber amado a mi patria como a mis padres, me alcanza la recompensa bíblica de vivir largos años sobre la tierra prometida, ahí mi arma de combate será la prensa libre.

El secreto de mi agitación y de mi afán en meter la mano en todo, menos donde hay dinero, consiste en que pretendo prepararme a ser diarista, publicista, una especie de predicador de los tiempos nuevos para uso de nuestros niños viejos de los tiempos fenecidos.

El niño chilla a veces sin motivo. Está fortaleciendo sus pulmones.

Estoy haciendo mi aprendizaje de propagandista de ideal y adquiriendo la destreza del manejo del arma formidable del pensamiento.

POSSE.

Si ya eres un veterano. No solo has combatido a los tiranos. Has hecho resplandecer las glorias de la patria y has revelado los lauros con que otras generaciones coronarán sus sienes. Ha tiempo que esgrimes el arma acerada de la prensa.

SARMIENTO.

La prensa, querido, no son tipos de plomo. Es una virtud que se exhala en palabras y lleva el convencimiento por simpatía del sentimiento con la verdad.

Hay tras una prensa un escritor y ese no es un calepín de sinónimos, ni una colección de figuritas de retórica, para irlas prendiendo con alfileres una a cada idea no sentida. Ese escritor ha debido formarse, batido a martillo sobre el yunque de las largas polémicas, de las grandes crisis, de los triunfos de la libertad. Ese hombre dispone entonces de la forma más noble de la literatura moderna.

Le saldrán al encuentro sicofantes con pluma en ristre, perros de todas bodas que atisban el último hueso que le arrojan sus amos.

Para resistir al embate de intereses viles, el escritor habrá ceñido la espada del guerrero y conservado toda su vida el cilice del monje y no aspirar a comer sino el pan duro del soldado y no recibir mendrugos del poder que suelen contener arsénico.

Cicerón ha revelado el secreto de la elocuencia. No viene del talento, ese don del cielo, ni de la ciencia, trabajo del hombre. Es preciso ser honrado el que habla y los demás dones le vendrán por añadidura, si tiene dilatable el corazón.

A fuerza de esgrimirse tan nobles armas en pro de la libertad, de lo bello y de lo moral, el pueblo argentino habrá aprendido a distinguir los golpes del hidalgo, las denuncias del patriota y las enseñanzas del sabio y no confundirlas con la retórica del alquilón. A la par de una prensa argentina ilustrada, liberal y veraz, creada en el fragor del gran combate, se irá formando, no lo dudes, un lector que buscará la verdad entre lirios y rosas y sabrá dejar de lado las frases huecas.

Entonces, tú y yo, y tantos otros que se están alistando...

POSSE.

Respira un poco y déjame pasar lista de la gran falange que estás evocando. Hay para saborear.

Dices, tú y yo. Lo que es de mí, poverino, no me sacarán de mi Tucuman florido. Haré fogon a parte donde el fuego sagrado pueda extinguirse.

Pero ese elenco glorioso se ha formado al embate de la barbarie como nunca lo hubiera producido la paz divina ni la quietud satisfecha.

Tú, Sarmiento, Florencio y Juan Gruz Varela, Vicente Lopez, nuestro venerable Las Heras, Rodriguez Peña y sus hijos, Velez Sarsfield, Gabriel Ocampo, General Paz, José Marmol, Miguel Cané, Echeverria, Domingo de Oro, Salvador Maria del Carril, Aberastain, Rawson, Tejedor, Mitre, Cobo, Andrés Lamas, Ascasubi, Sarratea, Felix Frias, Espejo, Pedernera, Cantilo, Gorriti, Gualberto Godoy, Piñero, Martin Zapata, Canónigo Navarro, Aguero y muchos más y otros y como el viejo del cuerno en Ernani, j'en passe et des meilleurs.

SARMIENTO.

Olvidas a Alberdi que es de ataque. Las estrellas y los poetas menores, en ese estonces, podremos arrojar entre los

hechos locales de un diario una joya literaria y no serán los ilustres los primeros en descubrirla : serán las niñas que exclamarán : qué bello! serán las matronas desde una aldea quienes seguirán los percances del ideal perdido.

De manera que, para escribir con éxito para ese pueblo argentino que vendrá y estamos formando con nuestros ardorosos clamores, será preciso ser tenido por patriota honrado, no haber doblado la rodilla ante ninguna de las estatuas doradas con piés de arcilla que el pueblo suele adorar.

Pero la verdad es poco apetecible y la virtud menos apetitosa. La palabra es mujer y debe ostentarse con todas las galas de su sexo. El escritor deberá presentar las ideas de libertad, de orden, de civilización, de progreso, revestidas de un ropaje de gala y con la corona de rosas sobre la cabeza, como los invitados griegos a un festin en honor de los dioses inmortales.

Se supone cual sería el nivel intelectual del auditorio en el agora o el forum, por la elevación de ideas de un Demóstenes o de un Cicerón. Por el alto concepto que me formo del futuro auditorio argentino, es que calculo el arsenal de ideas con que quiero llenar mi bagaje para entonces. Te darás cuenta que la algazara de mis ensayos es cosecha que preparo y almaceno para apasionar a un auditorio futuro.

Y a proposito de auditorio, viene aquí uno que con ánsias esperaba.

Mira, Pepe, ándate a vagar por esos salones y déjame. Ya nos encontraremos.

(*Exit Posse.*)

SECENA II

CLARA, SARMIENTO

(Una niña elegante y risueña sa detiene sorprendida.)

SARMIENTO.

Clara ! Es usted ? El tiempo ha pasado y las extrañas vicisitudes de mi vida me han apartado de su luz juvenil. ¿ Es Vd. la misma Clara ?

CLARA.

Soy la misma, pero muy cambiada.

SARMIENTO.

Vd. ha florecido y yo he madurado.

(Clara toma asiento algo turbada. Sarmiento hace su relato apoyado en el espaldar del asiento de la niña. Ésta mira hacia el publico.)

SARMIENTO.

No me diga nada. Déjeme recordar aquellos tiempos en la montaña. Esos recuerdos me seguirán hasta la vejez del cuerpo, porque ni el alma ni el corazón envejecen. Los veré rodeados de una aureola luminosa y hasta embalsamados como lo es el recuerdo de la patria que hace retozar a los animales cuando vuelven de viaje y cuyo perfume reconocería yo, después de un siglo de ausencia, si me llevaran a ella con los ojos vendados.

Cierro los ojos y veo una serie de montañas escalonadas, unas sobre otras, cercanas las primeras hasta discernir los peñascos y las yerbas, doradas las de más allá por la luz del sol, tostadas, amarillentas, refulgentes sobre lejanas nieves que coronan la última línea. En torno, cuchillas, colinas, siempre montañas y en el fondo de estrecho valle, chozas y ranchos que nos sirven de accidental morada. Los balidos del ganado que se recoje a sus corrales denuncia la llegada de la tarde, como en la mañana el berrear de las terneras avisa que las mozas ordeñan las vacas lecheras.

CLARA.

Como recuerda bien esas cosas Sarmiento. Qué bella es nuestra patria. Pero tengo que decirle....

SARMIENTO.

Le suplico permita retemplar mi alma en ese dulce pasado, tan incomparable como efimero.

Las familias, recuerde Vd., habian subido a los primeros cordones de la Cordillera a rusticar y a convalecer. Si ya, en el recuerdo, los arroyuelos no triscan entre los guijarros, ni saltan de roca en roca como cabritos, ni oigo ya, para animar el paisage, el bullicioso ruido de pequeñas cascadas, en cambio, de cuando en cuando, la brisa trae a mis oidos como rumor de fuentes de felicidad cristalinas, las risas inextinguibles de lindas y apuestas muchachas. Ríen, porque la vida rebalsa de sus ojos y de sus mejillas a borbollones, buscando abrirse un canal por donde haya de fluir amena y dulce

como sus ensueños. La guitarra era entonces la flauta que acompañaba el canto del bardo, el eco de los sentimientos nacientes y como la forma armoniosa de los suspiros. Todos los días, a la hora en que el sol se hace sentir afuera, las familias se reunen bajo dilatado galpon y a guisa de alfombras de Persia, se extienden cueros de vaca, que ocupan presurosas las damas, las damiselas y tan interesante es la fiesta que también acuden maritornes y fregonas.

Van a contar el cuento de la pluma dorada. Pero sucedía que los del cuento se tomaban en coloquios, ponderándose las maravillas que contenía y la belleza de los episodios del que debía dejar desabridas las mil y una noches arabes. Y entre risas y bromas, las horas transcurrían deslizándose desapercibidas, la hora de cenar llegaba, y el cuento de la pluma dorada no seguía adelante, por la sencilla razón que nunca principiaba, como aquellos cantores que se pasan en preludios templando la guitarra.

El paseo a la sierra tocó a su término y nunca se supo a derechas lo que era el cuento de la pluma dorada y desencontrándose Vd. y yo en las encrucijadas de nuestras existencias, nunca pude contarle a Vd. a solas el cuento mas patético, mas tierno, mas risueño, mas lamentable y mas verdadero.

Era muy lindo, mi cuento, Clara.

(Un silencio, Cuando Clara halla palabras para contestar, Sarmiento se coloca frente a ella y la contempla.)

CLARA.

La condición de las mujeres es de ser elegidas por el destino y muy pocas veces dejarse guiar por su primera inclinación. Sospechaba que su cuento de Vd. fuese hermoso; pero mi primo Ortega tuvo más ocasiones y supo contarme su cuento a su modo y a la fecha estamos comprometidos.

SARMIENTO.

No me oculte Vd. que una lágrima brilla en sus pestañas. Conservaré para siempre la dulce emoción de lo que fué y evocaré la furtiva lágrima en todas las miserias que me esperan....

Quiere Vd. aceptar el brazo de un amigo respetuoso, para acercarnos a la hospitalidad chilena.

(Se inclina profundamente y la dama le toma el brazo, deambulando en silencio. Al llegar a una salida, dice :)

SARMIENTO.

No le diré para desesperarla, que me llevaré mi cuento conmigo a la tumba. Sería una gran pérdida literaria de que privaría a la inocente humanidad. La habré de contar más de una vez en los intervalos de la larga contienda que me espera, aunque no sé si con todos los detalles y disgresiones con que se lo habría contado a Vd.

(*Salen.*)

ESCENA III

EMILIA HERRERA DE TORO, MANUEL MONTT, ANDRES BELLO, LASTARRIA.

EMILIA HERRERA DE TORO.

Tomen un poco de asiento. Es un complot, amigos míos. La calidad de los conjurados está diciendo que de aquí no saldrá nada subversivo y estarán salvos la moral y el patriotismo.

Se trata de uno de mis cuyanos a quienes tanto quiero por sus inmensas desgracias y que tanto merecen de la patria chilena, donde aportan toda su inteligencia y su afán de progreso.

Me tiene inquieta la situación precaria y la exaltación de ánimo del más esclarecido de entre los emigrados. Este Sarmiento se agita y se exaspera y corre riesgo de perderse en Chile como está perdido en su país. Puede venirle un arrebato en que confunda a los mismos que lo admiran con la turba de asaltantes que le muerden los talones, porque quiere serles útil.

Se ha entregado a la vida chilena con la prodigalidad de un creador, aguijoneando con pasión nuestra pereza de espíritu. Sería una ofensa que hiciera a Vds. enumerar cuanto ha hecho. Pues bien; si nos contentamos con admirar la pujanza de sus ideas, aplaudir cuanto nos agrada y rabiar cuando nos contraría, habremos dado prueda de egoismo y de ingratitud.

Me ha preocupado esta situación y no he querido llamar a este consejo de buenos amigos a ninguno de los compatriotas de Sarmiento, temerosa de que fuesen influenciados por las mismas pasiones que lo agitan a él.

Son Vds. los hombres más sesudos y cordiales que conozco

y bien pueden concertarse para procurar a hombre tan extraordinario un modesto asiento y arraigo que le tenga alejado de las menudencias irritantes de la vida política. El problema es delicado, en presencia de la huraña altivez del sujeto y sólo grandes corazones pueden resolverlo.

Dentro de la cáscara de hierro, como él dice, del polemista, yo veo agitarse un corazón atormentado por un ideal imposible y sumido en abismo de ternura humana.

LASTARRIA.

Fuí un tanto contendor suyo en cosas literarias, pero fuí vencido por la sinceridad de su apasionamiento. Confieso que sólo el gran corazón de nnestra amiga podía penetrar al fondo del problema y me adhiero a la idea con entusiasmo.

MONTT.

Como gobernante he intentado apartar de su camino la pobreza que él desdeña. Lo hacía por instinto de justicia sin los móviles que la exquisita ternura de una mujer superior nos revela. Pero Sarmiento me ayuda en hacer buenas mis ideas, me sugiere y hasta exige reformas harto difíciles, pero en toda ocasión elude y aparta toda conveniencia personal.

BELLO.

En prueba de adhesión a la generosa idea, me permitirán Vds. un poco de psicologia. Este Sarmiento es el patriota típico y no habrà consideración humana que le arranque de su puesto de combate donde defiende la patria desmesurada que se agita en su mente. Es un autodidacta, y habiendo estudiado más profundamente que muchos adoctorados, crée modestamente que nunca habrá estudiado lo bastante. Podemos combinar ambas pasiones para solucionar el problema.

El arma de combate de Sarmiento consiste en enseñar a los pueblos cuánto ganarían en bienestar si gozaran de una libertad ordenada y suya es la definición de la lucha actual como de la civilización contra la barbarie. Asi, debe extender su actividad sobre todos los conceptos que pueden aplicarse a una civilización. Entonces la ciencia libresca se hace insuficiente sin la experimentación y las cosas chilenas bajo su observación directa no pueden llenar el vasto concepto que su idea implica.

Le he oido que en Estados Unidos de Norte America deben hallarse todas las soluciones.

Un viaje de estudio en Europa y América es la medicina que yo propondría. Se apartaría el peligro que Doña Emilia nos señala y se le proporcionarían mejores armas para su campaña contra la barbarie. Quién sabe si no es capaz al mismo tiempo de suscitar en el viejo mundo nuevos adversarios contra Rosas y retornarnos entonces menos febriciente.

LASTARRIA.

La idea es insuperable. No ha mucho Sarmiento deseaba estudiar en Argelia la táctica francesa contra montoneras. Lo veo en España, rabiando con los godos por habernos hecho tan parecidos a ellos.

MONTT.

La idea apuntada coincide con la mia. Déjenme ensayar de hacerla aceptar por Sarmiento. Bien puede el gobierno chileno proporcionar a quien tantos servicios desinteresados le debe, los medios de estudiar el problema de la educación. Su país de adopción le debería ese servicio más.

No se me oculta que una ausencia de un par de años agrandaría su prestigio y apagaría los recelos que suscita el autor de tantas reformas. Por lo que a nosotros atañe, evitaríamos fuese deshonrada la hospitalidad chilena, si en su vehemencia de servidor de la verdad, Sarmiento llegase a exacerbar pasiones patrióticas tan excitables en este país.

EMILIA HERRERA.

No hay que buscar otra cosa. El gobierno chileno necesita estudiar el problema de la educación y el nombramiento de un comisionado recaído en la persona más dedicada al asunto no podrá ser criticado por ninguno.

Dice Vd. muy bien, amigo Bello, que Sarmiento es el patriota-tipo, digamos también que es el pedagogo por excelencia, desde que su patriotismo se traduce siempre en enseñanza que derrama con la abundancia de un estuario magestuoso.

Vamos ahora a oír a un vate argentino, un *payador* que es algo asi como un Homero pampeano.

(*Telón.*)

Sarmiento. Teniente coronel campaña de Caseros.

(Según daguerreotipo de 1852.)

ACTO V

Alborea la Victoria (1850).

La quinta de Sarmiento en Yungay, suburbio de Santiago de Chile. Preparativos en el jardín para festejar el 25 de Mayo 1850. Un salón de verdura, techumbre y paredes verdes, suelo alfombrado de hinojo. Guirnaldas, banderas, farolitos, algo sencillo e ingenuo. Una mesa en herradura algo elevada. Un retrato de San Martín entre banderas argentinas, chilenas y peruanas.

ESCENA I

DON BALTAZAR, DON FRANCISCO Y DOMINGO DE ORO, entrando el último.

D. BALTAZAR.

Viene Vd. muy a punto, señor Don Domingo de Oro, en materia que es de su alta competencia. Puede Vd. sacarnos de una duda que nos aflije y atormenta, tanto a nosotros como a otros compatriotas.

Hacíamos comentarios sobre el último libro de Sarmiento. Sus Recuerdos de Provincia. Algunos piensan que ese libro daña al autor y sin provecho para la causa que sostenemos.

Nadie ignora la inmensa actividad intelectual de ese espíritu, estudiando siempre los problemas argentinos. Con un libro enteramente consagrado a su propia personalidad, hay quienes temen una ambición desmedida.

En una palabra, creemos que el autor ha sido víctima de un error de concepto y ha menguado su reputación de patriota desinteresado.

DOMINGO DE ORO.

Este es un punto de vista que me había escapado, aún cuando hubiese saboreado y leído atentamente un libro lleno de sentimientos elevados.

Permitan un poco de análisis. Recuerdan Vds. que hace algunos años un Don Domingo Godoy, para vengar un pre-

tendido agravio, atacó a Sarmiento en la forma más brutal haciéndole cargos muy feos de su vida juvenil. El calumniado escribió "Mi Defensa" y supo condenar a su detractor a perpetuo silencio.

No sería dificil suponer que ahora Sarmiento quiera responder a cargos atroces y a injurias oficiales del tirano. Si así fuera, deberíamos considerar que está en su derecho.

DON FRANCISCO.

Está bueno; pero a Rosas no se le hace callar ni a palos. Hace veinte años que eso dura y en nada ha cambiado el concepto en que tenemos a Sarmiento.

DOMINGO DE ORO.

Pero la generación de argentinos que no han conocido sino los denuestos no puede tener estimación alguna del carácter realmente desinteresado ni conocer las virtudes que nosotros tanto apreciamos.

DON FRANCISCO.

Si Sarmiento arma una algazara para defenderse contra Rosas, será siempre entre los convencidos que el malvado es el tirano acusador. Esa defensa no alcanzará a los oídos de las provincias argentinas y los emigrados vamos a parecer distraídos con querellas personales, con mengua del objetivo de derribar al tirano.

DOMINGO DE ORO.

Eso precisamente. Nuestro amigo está convencido de la próxima caída de la tiranía. Dentro de un rato lo pondremos sobre ese tema y ya verán Vds. Por mi parte, no estoy tan seguro de la caída de Rosas; pero opino que debemos dejar a cada uno la lógica de sus ideas.

Si la tiranía toca a su término, es el momento de revestir la candida toga del candidato. El crée con razón que para ser útil a la patria es menester demostrar estudio y talento y más que talento y estudio debe ostentar una autoridad moral que abonase y diese fuerza a sus intenciones.

DON BALTAZAR.

Es siempre chocante hablar de sí mismo. Bien puede un hombre público esperar que otros lo alaben.

DOMINGO DE ORO.

La franqueza para defender su persona moral, su osadía para exponer sus servicios y sostener sus ideas, esas son lecciones de republicanismo.

Si hubiese quien se escandalice de tanta franqueza, ese está contaminado de la hipocresía del servilismo que atisba y perpetúa las tiranías. En país de caudillos, cada uno teme la mofa del mandón y más aún la envidia del competidor para atrapar un mendrugo.

¿Qué dirían Vds. si Sarmiento pretendiese desde luego la Presidencia de la Republica?

DON BALTAZAR.

Pensaríamos en que no se halla en su juicio. ¡Qué Presidencia, ni qué niño muerto! Vd. se chancea, Señor de Oro!

DOMINGO DE ORO.

¿Y qué demontre, estamos haciendo aquí? Estamos combatiendo para hacer una República con Presidente electivo. No hemos de esperar que nos caiga del cielo un monarca untado y ungido con celeste bálsamo.

Habremos de hacer un Presidente cada seis años y para elegir al más digno y al más capaz, el pueblo argentino tendrá que conocer los méritos de cada uno, sin prestar oído a los clamores interesados de un grupo de paniaguados.

Vamos, amigos mios. Cuando un militar establace su foja de servicios, no hace acto de vanidoso. Expresa su derecho.

Pretender un alto puesto en la vida argentina no es hacer alarde de vanidad si tiene título para pretenderlo. Si es un Sarmiento, sólo pretende lo que es suyo y sabemos que no busca humareda de falsa gloria sino la aplicación de sus ideales. Es una noble ambicion y no seré yo quien pretenda cortarle las alas. Quienes atribuyen vanidad a Sarmiento están muy lejos de las perspectivas o los mirages, que según ellos, alucinan la vista del patriota ardoroso.

DON FRANCISCO.

Son, a mi entender, muy disculpables, quienes opinan que ese libro es un error político en las circunstancias.

DOMINGO DE ORO.

Entonces sería una cuestión de momento y Sarmiento se

ha anticipado a los sucesos. Está muy bien. Pero en realidad nada de eso existe en el libro que nos ocupa y andando el tiempo ninguno que llegase a leerlo, sospechará que se trata de una defensa personal.

Supongamos que Sarmiento se hubiese sentado a redactar su foja de servicios. Eso apenas aparece. Ha penetrado poco a poco en sus recuerdos y hecho vibrar el alma de sus ideas y entonces ha derramado su corazón todo entero.

Si se hubiese dejado arrastrar por la hipocresía que afecta a gentes que se creen mucho y no se atreven a nada, hubiese podido expresar un personage ficticio y un sentir ageno. Nunca hubiese podido producir un documento humano de tanta intensidad.

Ese es el libro. Para mí no cuentan ciertos detalles. Confieso a Vds. que más de una página de Recuerdos de Provincia me huele a inmortalidad.

ESCENA II

LOS MISMOS, SARMIENTO Y UN CARPINTERO.

(Sarmiento y el carpintero aportan un cuadro transparente con las banderas argentina y chilena. El sol y la estrella se iluminan con la siguiente inscripción: Para todos alumbran. Sarmiento ostenta alegría ingenua como un chico con juguetes nuevos. — Da instruciones sin fijarse en el grupo anterior.)

SARMIENTO.

Pero diga Vd. maestro. Espero que Vd. se sentará entre nosotros en el día patrio.

EL CARPINTERO.

Se agradece. Pero entre tanto personage!

SARMIENTO.

Vd. es argentino y no puede imaginar cual seria mi gloria si lograse reunir a todos los argentinos.

Hola! Bienvenidos en mi hogar. No esperaba menos de Vd. Don Baltazar y de Vd. Don Francisco. Vengan esos cinco.

Don Domingo de Oro viene Vd. a comulgar en la patria nueva. (*Se abrazan.*)

DOMINGO DE ORO.

Estábamos comentando los Recuerdos de Provincia.

SARMIENTO.

Y lo encuentran inoportuno y que sean mis propios recuerdos y no recuerdos agenos. Ya me han prevenido amigos muy sinceros, Mitre, entre ellos, que créen un error político escribir esas cosas. Deben tener razón. Trataremos de esconderlo para cuando fuesen interesantes cosas bien sentidas. No importa. Tengo otras cuerdas para mi arco.

ESCENA III

Empiezan a llegar los comensales, anunciados en alta voz. Forman grupos de cordialidad. Ocupan los asientos. Las Heras bajo el retrato de San Martin y Sarmiento cerca de un extremo de la mesa. Los asistentes, son :

LAS HERAS, CANÓNIGO NAVARRO, JUAN GUALBERTO GODOY, CORONEL REGALADO DE LA PLAZA, BARTOLMÉ MITRE, VICENTE FIDEL LOPEZ, MARIANO DE SARRATEA, ANTONINO ABERASTAIN, JUAN M. GUTIEREZ, ZULOAGA, GREGORIO GOMEZ, MARTIN ZAPATA, WENCESLAO PAUNERO, AQUINO, ALVAREZ.

LAS HERAS (*puesto de pié*).

Amigos míos. Empiezan a quedarse en el camino algunos de los nuestros. Don Nicolás Rodriguez Peña, nuestra gran Revolución superviviente, no puede asistir a nuestra cordial reunión en el día de la patria. Le deseo un corazón fuerte y tranquilo para soportar las desgracias y los padecimientos de su edad avanzada. No es una nota de tristeza la que aporto. El ocaso del servidor ilustre de una gran causa, está rodeado de los esplendores de la luz que ha esparcido.

(Todos se ponen de pié. La voz varonil del soldado se hace un tanto trémula :)

Asociemos nuestro homenaje con el recuerdo de sus amigos Larrea, Vieitas, Belgrano.

(Se observa un momento de silencio solemne. Las conversaciones se animan poco a poco conservando cierto tono de gravedad.
Servicio de banquete. Presentan una gran bandeja de empanadas.)

SARMIENTO.

Esta empanada es a estilo sanjuanino y con mucho sentimento mío no ha sido posible presentar a cada uno de Vds. la sacrosanta empanada de su pago. El aislamiento de cada ciudad argentina ha dado por resultado la diversidad de las empanadas y así mismo es un manjar nacional. Cada argentino aprecia la empanada tal como la conoce y menosprecia la empanada del vecino.

Se me ocurre que esa diversidad es un emblema de nuestra nacionalidad. Somos todos argentinos pero nuestras preferencias se condensan en las cosas de cada terruño, en detrimento del poder y de la gloria del todo. Nuestra empresa consistirá en amalgamar esas diferencias y constituir la empanada nacional.

SARRATEA (*con sorna.*)

Estos vinos chilenos son exquisitos. Pero con cuánto gusto habríamos de saborear los vinos cuyanos. Si hemos de creer a los sanjuaninos, tendremos ahí al vino nacional, único digno de celebrar la Patria.

ABERASTAIN.

Hasta para beber un buen vino es necesario derribar a los tiranos. Vaya uno a construír bodegas y envejecer botellas, para que vengan a embriagarse los esbirros. Sin caminos ni comercio libre tampoco se puede exportar nada. Sépase entre tanto, el Señor Sarratea que las provincias andinas han sido dispuestas con patente y privilegio del Creador para ser la bodega más ilustre del globo terráqueo.

SARMIENTO.

Déjeme, compañero, prenderle una cuartita. Nuestra uva es la maravilla de la creación. Nuestro Buenos Aires será la garganta de un continente y por tanto la ciudad más importante de nuestro idioma. Cuando alcance toda la prosperidad que deseamos a la ilustre ciudad, no será soportable la vida en ella sino cuando reciba uva fresca de San Juan. No se hará justicia sinó el dia que se levante un monumento a la gloria de Don Manuel José Cobo, el plantador de viñedos.

SARRATEA.

No hay ofensa. No conocemos las parras sanjuaninas sino por un Sarmiento superlativo.

(Circulan dos bandejas con carne con cuero adornadas con banderitas.)

VOCES.

Si es carne con cuero! Oh! Patria querida!

MARTIN ZAPATA.

Está en el destino del noble emigrado que a todo renuncia a fin de conservar su independencia, que la sombra de los escándalos de su patria venga a acibararle sus más legítimos placeres.

Señor Sarmiento. Conozco el temple de su alma, tanto como las convicciones de los Señores y no temo desentonar, leyendo aquí los clamores de rabia de la tiranía, registrados en diarios de Buenos Aires, llegados hoy mismo.

Una nota dirigida a Rosas por el General Don Santos Ramirez (1) denuncia en términos soeces una carta del Señor Sarmiento, que dice asi :

« Me apresto, General, a entrar en campaña. Si los argen-
« tinos no han caído en el último grado de abyección y
« envilecimiento, la razón tendrá influencia sobre ellos, la
« verdad se hará escuchar y un día nos daremos un abrazo,
« por cuanto tengo la convicción de que es fatal, inevitable,
« el caso que ha de llegar de serle util a Vd. y a todos sus
« amigos. » (D. F. Sarmiento.)

SARMIENTO.

Se trata de un Jefe que fué de Quiroga y los Aldao, en cuyas manos caí prisionero en la batalla del Pilar en Mendoza, en 1839. Me escondió en su casa, salvándome de ser degollado, como lo fueron otros jóvenes. Su noble conducta empeña mi gratitud. Pretendí últimamente ponerlo sobre aviso para que pudiera plegarse a una noble causa y se cubriera de gloria. El pobre hombre no habrá comprendido o se habrá sentido vigilado y ha pasado la cosa al tirano como quien toma brasas ardientes.

ZAPATA.

Hay más. La cancillería de Buenos Aires se dirige al Gobierno de Chile, con motivo del pretendido soborno. El tirano endilga a Chile una donosa colección de injurias de estilo netamente federal y concluye como sigue : —

« Es por tanto con grande confianza que el gobierno argen-

(1) La nota original de Ramirez a Rosas existe en poder del autor.

« tino solicita una medida eficaz de represión y castigo que « ponga al aleve conspirador D. F. Sarmiento en la imposi- « bilidad de continuar abusando en adelante del asilo, para « incendiar un país vecino y hermano de esa República y « lanzar desde ahí libelos tan infames e insolentes, como el « que con una mira perversa de seducción ha dirigido al fiel y benemérito Jefe argentino Don José Santos Ramirez. »

SARMIENTO (*de pié*).

El Gobierno de Chile sabrá apartar conceptos atroces que desdicen con la altura de un gobierno civilizado y a denuestos rabiosos oponer razones de justicia.

Por ese lado estoy muy tranquilo. Pero si fuese llamado a responder al cargo de conspirador, emanado de quienes ignoran el alcance de las palabras que emplean, diría que siempre he combatido a todos los gobiernos irregulares de América y que esa constante propaganda la hice por escrito y a la faz de todos. Puedo asegurar que mi conspiración por la palabra, por el estudio de nuestras necesidades, la conspiración por el ejemplo y la persuasión, por los principios y las ideas difundidas; esa clase nueva de conspiración será de mi parte eterna, constante, infatigable, de todos los instantes, mientras una gota de sangre bulla en mis venas, mientras un sentimiento moral viva sin relajarse en mi conciencia, mientras la libertad de pensar y de emitir el pensamiento exista en un rincón de la tierra! (*Aplausos.*)

ESCENA IV

LOS MISMOS, LOS VETERANOS.

No se han calmado las muestras de adhesión que provocan esas palabras, cuando se oyen acordes de una banda lisa, acompañando la entrada de veteranos de la Independencia. Portan algo de su glorioso uniforme. Forman frente a Las Heras.

LAS HERAS.

¡Alerta! compañeros de gloria! Habéis venido a retemplar vuestros fuertes corazones al recuerdo de la patria vieja. Os anuncio que pronto recibiréis la palabra de orden y consigna de pelear de nuevo para fundar sólidamente la patria que viene.

Entraréis en campaña con otros a las órdenes de jefes

jóvenes, en cuyo talento y coraje hemos depositado toda nuestra confianza los ancianos. Aquí tenéis a Sarmiento, Paunero, Mitre, Aquino, Alvarez quienes os conducirán a la conquista de eternos laureles.

Cada jefe nombrado se levanta y hace la venia.

Sois vosotros y son ellos el fuego ardiente de la Patria Grande, y como dice la Escritura, el fuego nunca dijo que quería apagarse (1).

Los Veteranos.

Viva Las Heras! Viva Sarmiento! Viva Mitre! Viva Paunero! Viva Aquino! Viva Alvarez!

Los veteranos ocupan asientos delante de la herradura dando frente al público.

NOTA. — Sarmiento tenía organizada una expedición por Cuyo a la par de Urquiza por el Norte. Un iluso pretendió poder persuadir á Benavidez, para colaborar al levantamiento. Revelado el secreto la expedición era imposible y los jefes nombrados fueron juntos á ponerse a las órdenes de Urquiza.

ESCENA V

LAS DAMAS.

Entran Señoras y niñas cargadas de flores que reparten y se sientan detrás de los convidados formando los grupos pintorescos de un cuadro.

ESCENA VI

LOS JÓVENES.

Jóvenes encabezados por Juan Lavalle, hijo del General con la bandera recamada de oro de su última campaña.

JUAN LAVALLE (*16 años*) (*Leyendo*).

Pedimos un lugar en las filas de la generación que nos precede, para asociarnos al recuerdo de la Patria. Reclamaremos pronto nuestro puesto de combate, donde el canto vibrante de la juventud pueda enardecer al patriota.

Hé aqui la bandera de Lavalle. Le fué ofrecida por las damas de Montevideo. Sucumbió, dejando por herencia la ambición de imitar su heroismo.

---

(1) Ignis nunquam dixit : sufficit.

MITRE.

Es necesario, jóvenes, cultivar la inteligencia, para llegar a comprender bien la libertad, ambiente del alma, blanco remoto hacia al cual marcha el hombre, cada vez más a prisa y contra nuevos obstáculos. Estudiad, jóvenes, que una hora esquivada al estudio es un robo hecho a las esperanzas de la patria. Quien ama su patria trata de hacerse digno de ella.

El discurso de Sarmiento mas extenso en virtud de la materia que abarca. La representación debe atenuar ese defecto mediante los actos reflejos que suscita en el auditorio. Aplausos, exclamacionces y entusiasmo son recursos del director de escena.

El actor deberá evitar el tono declamatorio; es una confidencia y una expansión y la solemnidad será resultante del asunto.

SARMIENTO.

Amigos, hoy es el primer día de mi vida. El recuerdo del 25 de Mayo, la presencia de los héroes de la Independencia, de los proscriptos que nunca desmayaron, de la generación que se acerca. No han faltado los desahogos del tirano de nuestra patria. Hé aqui la bandera que las heroinas de Montevideo pusieron en manos del ilustre Lavalle. Nuestras sienes coronadas de las màs nobles entre las flores.

Es el primer día de mi vida este en que empezamos a respirar en el ambiante soñado, pasando del estudio a la acción para crearnos una patria.

El árbol de la tirania está carcomido y levantada el hacha para derribarlo. Alborea el día de la victoria. Esa victoria la veo próxima, la siento al alcance de mis manos.

DOMINGO DE ORO.

Le interrumpo, mi querido Sarmiento, para amortiguar con la fría experiencia los exesos de la imaginación. Los momentos son graves. Henchidos nuestros corazones apasionados, acaso no veamos sinó dentro de nosotros mismos y creemos tener ante los ojos una tierra de promisión, rodeada de aureola luminosa como un miraje que marcha y seguimos alucinados, hasta que la muerte disipe nuestra ilusión.

He seguido sus pasos desde que Vd. nos aparecía como un portento infantil, siendo proclamado en la escuela el Primer Ciudadano. Lejos de haber desmercido el blasón precoz su vida azarosa ha acumulado títulos para reconocerle Jefe de Fila.

Su virtud dominante es el entusiasmo, factor de grandeza, y me temo lo conduzca ahora a dar por hechas las grandes cosas que están por hacerse.

SARMIENTO.

Es imposible adelantarse a los hechos sin admitir factores que tomarán rumbo desconocido. Cierta dosis de entusiasmo no puede dañar una acción reflexiva, como el ritmo de una alegre cancion de marcha alivia la fatiga del soldado.

Tenemos a nuestra vista realidades indiscutibles, como ser las causas de la tiranía y su proximo hundimiento.

La enfermedad argentina nunca fué desesperada, habiendo siempre hallado la conciencia de nuestro pueblo fuerzas para combatir.

Cuando desaparecen del escenario todos los prohombres y están colmadas las tablas de sangre, los pueblos llegan a creerse corrompidos y no esperan sinó el silencio de los sepulcros.

Será nuestro honor eterno el haber combatido sin cesar y esa es la unción soberana que nos hará reconocer como nación.

Volvia derrotado un Consul romano y el Senado salió a su encuentro a darle las gracias por no haber desesperado de su patria. ¡Sombras de los que sucumbísteis en la larga contienda, fuísteis recibidos en los limbos por vuestros ilustres predecesores! Y cuántos otros, arrollados por la marea formidable de la barbarie, fueron acogidos por el Senado sublime de la conciencia argentina!

Un monstruoso Espartacus impuso cadenas a las masas sublevadas que buscaban libertad. Con infalible fecundidad el odio engendraba el odio y fueron al fin los opresores quienes con sus crimenes soportaron la más dura esclavitud y están ahora hartos de sustos y de desconfiarse los unos de los otros.

Toda acción violenta continuada porta en su seno el gérmen de la reacción que ha de darle fin.

Alguna de las situaciones de fuerza en que la tiranía se apoyaba....

LAS HERAS.

No olvide, amigo, sus primeros planes de campaña. Pensaba Vd. que no debían hacerse conocer las reservas de combate que se lanzan en la batalla en el momento oportuno.

Déjeme decirle que el más poderoso adversario de Rosas, será aquel con cuya presencia Rosas no habrá de contar.

SARMIENTO.

No hablaré aqui sino de las fuerzas que Rosas cuenta entre sus enemigos. No habrá de contar con la abstención de ninguno de los desterrados.

No es un misterio para nadie que el Entre Rios prepara su campaña. Rosas lo ha sabido antes que nosotros y no se atreverá a acometer a Urquiza, convencido de un descalabro en cuanto salga de su antro.

Este nuevo protagonista dispone de una fuerza esencial de que carecieron siempre los héroes de la libertad, cual es un organismo civil para sostener una campaña militar.

CANÓNIGO NAVARRO.

¿Qué ganará la libertad si es repuesta por uno de sus opresores?

SARMIENTO.

El caudillo autoritario se convierte en cabeza de un pueblo en marcha.

Urquiza nos ofrece más de una garantía. Lo que ha organizado se aparta, es verdad, de todas las formas conocidas de gobierno. El suyo es un despotismo indígena. Pero no habría de exigírsele que gobernase al Entre Rios con las reglas que Rivadavia no logró hacer prevalecer en Buenos Aires.

Ha destruído las montoneras. Hizo respetar la propiedad y el orden. Ha poblado el territorio, repartiendo campos y ganado. Protege la industria y la riqueza y ha difundido la enseñanza con éxito sorprendente.

Una victoria más que agregar a su carrera militar no será para envanecerle, si es una victoria incruenta, como creo y afirmo será la nuestra. Tiene conciencia de la alta misión que asumirá en nuestra historia. Encabezando una grande obra, se verá obligado a perseguirla y tendrá a su lado la legión innumerable de quienes anhelan orden y libertad.

Estoy convencido que la campaña contra Rosas será una mera demonstración militar. Habrá de ser imponente la fuerza que se reuna, para precaverse de los colazos de agonía del monstruo que ya tiene clavado el harpón en el flanco. Esa demonstración habrá de ser incontrastable, porque una

victoria disputada dejaría amenguada la enseñanza y habremos de estar todos al lado de Urquiza a sugerirle rumbos.

DOMINGO DE ORO.

Demos por vencido a Rosas. Vienen ahora las consecuencias de la victoria. Ahí se penetra en el campo de las ilusiones. Todos nosotros estamos atentos saciando nuestra sed de ideal, oyendo a Sarmiento edificar la patria futura.

VOCES.

Si! Si! Si pudiera Sarmiento edificar. Qué bello edificio!

SARMIENTO.

Necesito hablar con Vds. de los sucesos futuros y de ideas que de no realizarse se convertirían en ilusiones.

Contemplando desde la distancia nuestra inmensa heredad, aparece un territorio trazado por la regla y el compás del Creador para el asiento de una grande y poderosa nación.

Dentro de los siglos de los siglos estará ahí para alcanzar sus destimos. Habrán siempre en región templada planicies sin una piedra ni un raigon en que tropiece el arado, ni un obstáculo para posar los rieles que transportarán el producto de una industria destinada a abaratar el pan de cada día de la especie humana, sin requerir abrirse mercados a cañonazos.

No hablo de las riquezas tropicales ni de los ríos navegables que completan el grandioso cuadro.

En un momento dado, territorio tan rico será codiciado por una parte de la humanidad necesitada y será confiscado de utilidad pública, si no se encuentra establecida una nación organizada.

Si no pusieramos en obra el magnífico legado, habríamos menospreciado el empuje de nuestros mayores y desmentido nuestra vida propia. Habríamos desmerecido de las cualidades morales de nuestra raza y desaprovechado la terrible experiencia adquirida.

Debemos empezar por hacer habitable la casa y todos los bienes que nacen de la vida de concordia acudirán en abundancia. Afirmados el orden y la justicia afluirán por millones los afamados de justicia que sufren los males que ha sembrado en su marcha la humanidad.

Arrojaremos puentes por encima de los arroyos de sangre que nos separan de aquellos que no aspirarán sino a ser

buenos argentinos. El abrazo fraternal nos lo daremos a la sombra de instituciones prudentes.

La creación de un gobierno, entre tanto elemento de desgobierno, hallará tal vez en nosotros mismos un poderoso obstáculo. Nuestra pasión de libertad puede conducirnos a aborrecer algunas de las más sólidas garantías de la libertad que sólo un gobierno puede establecer. Algunos de nosotros que fuimos tiranicidas sentaremos plaza de tiranos si estorbamos que se lance la nave a todo velamen y sin gobernalle.

Una sociedad requiere un poder suficiente para que cada uno trabaje sin ser molestado a conseguir el mayor grado de felicidad.

La forma más adelantada del gobierno republicano consiste en no imponerle hacer el bien directamente en obras de progreso, siendo éstas de incumbencia del capital asociado. La función principal del gobierno deberá ser la de mantener la tranquilidad pública, a cuyo amparo nacen todos los bienes.

Ningún individuo será estorbado en la tarea de labrarse el lugar que corresponde a sus aptitudes y a su caracter. El motor de una sociedad en progreso consiste en la iniciativa individual. El progreso de la masa debe nacer del progreso del individuo. Esa es la ley y los profetas.

Ese gobierno habrá de fundar la justicia como institución superior a los hombres. Habrá de repartir por igual el saber para que cada uno a su punto de partida disponga de los medios de mejorar su condición. Tratará de reservar a cada familia su legítima de tierra habitable.

No aspiremos a que nuestro gobierno fuese la suprema justicia, ni la suprema sabiduría. Habremos de considerarle como institución y no como personas, pues que no siempre será compuesto de los más dignos.

Si triunfa ese sencillo concepto, apartaríamos las ambiciones precipitadas que buscan el cambio violento de personas y empujan a quienes preparan la guerra, porque son nulos para la paz.

La libertad será el aliado y la compañera del Gobierno. Será la libertad quien amará, acatará y sostendrá al poder, y éste a su vez será la égida protectora y la espada vengadora de la libertad.

Esa patria futura, la veo próxima. La toco con las manos.

La veo, desde ahora, en una escala de proporciones mucho mas grande que la realidad visible. Veo la necesidad de

agrandar el concepto de las cosas y adaptar todos nuestros planes a la grandeza argentina. Debemos ver grande, so pena de no ver nada.

El desprendimiento generoso se halló en estado puro en los comienzos de la vida nacional y nunca más desmentiremos esa noble hidalguía, ni partiremos en guerra a la conquista de territorios.

El baluarte que derrumba la tiranía han sido las ideas y nunca más será ninguno tan osado para oprimir la emisión del pensamiento.

Los nuevos arribantes vendrán en busca de trabajo y de riqueza. Y será el trabajo la característica argentina despojando a los de mustrá estirpe del desden secular contra la industria. Los nuevos argentinos se completarán en sus hijos depurados de los viejos rencores sin aplicación en un mundo nuevo. Todos podrán aspirar sin reatos a los bienes que el hombre puede alcanzar y serán inútiles las prerogativas hereditarias que no fuesen el producto del esfuerzo de cada uno.

Asi agrandada la personalidad humana, nuestros sucesores podrán ofrecer un asilo a los dioses todos, a las ideas y a las más nobles aspiraciones.

En moral y en cultura intelectual marcharemos todos a una y sin discrepancia a la sombra inmaculada de la bandera bicceleste y blanca.

No será en vano que habremos resistido al degradante imperio de la fuerza y no será en vano que hubiésemos seguido el glorioso sendero trazado por los héroes inmortales de nuestra Independencia.

Amigos! Honor a los grandes hombres que nos han precedido. A la gloria de la gran República Argentina!

(*Aclamaciones.*)

LAS HERAS.

¡A la patria portentosa que acaba de evocarse!

¡Al Joven Sarmiento! Que conserve hasta la extrema senectud dentro de la Tierra de Promisión, los bríos y la lucidez de su alma eternamente juvenil.

(*Entre las aclamaciones, se oyen voces trémulas entonando el Himno. La voz de la patria así evocada, conviértese en Tutti en el escenario y tal vez los asistentes unieran sus acentos.*)

POSTFACIO

Sarmiento y su nieto Augusto.

(Fotografía de 1866, en Nueva-York.)

El año que precedió al de su muerte, fué Sarmiento a buscar días luminosos en el portentoso Paraguay. Encontró además las noches más sublimes que pudieran exaltar un alma apasionada.

La noche en esos parajes se corona de astros rutilantes. Brillan las constelaciones, dejando entrever en las profundidades otros y otros sistemas centelleantes y carbunclos al infinito.

El horizonte abovedado contiene en profusión fosforescencias de diversos colores. El aire puro no contiene movimiento ni ruido; pero cae del esplendor celeste como un murmurio intraducible que se diría producido por la palpitación de las luces, como si fuera aquella armonía de las esferas de la noche sublime de Shakespeare en el Mercader de Venecia.

Abuelo y nieto lo pasaban, de la noche al alba, contemplando en silencio. Nuestra posición nos ocultaba los accidentes del paisaje terrenal, perdiéndose en las sombras las habitaciones, arboledas, colinas y la misma cinta plateada del rio soberano. Sólo se imponía el inconmensurable escenario de los astros.

De repente, el anciano propuso al joven, como juego de imaginación, situar en el marco estrellado las escenas más sublimes de nuestra humanidad.

Había yo de empezar para dar a entender si la idea era comprendida.

Ocurrió recordar la planicie de Maraton, al anochecer de la sublime jornada en que la naciente civilización vencía la invasión de la barbarie asiática. Eregidos los trofeos de la victoria, los efebos en su desnudez heroica, dansan el pœan, frente a las fogatas funerarias. Entre ellos se hallaban Esquilo y Eurípides quienes luego dieron en el teatro la expresión sublime de la civilisación helénica.

Veremos, repuso el anciano, si es digno de las es-

trellas y en relieve de granito el momento en que Washington rechaza una tercera presidencia que no tenía un solo opositor, inaugurando asi el desinterés y abnegación del espirita republicano.

Fueron sucediéndose en relato alternado escenas de la historia, alentado el discípulo por la grande indulgencia del maestro, hasta que una pálida claridad anunciase el apagarse el fulgor celeste y el resurgir las cosas terráqueas.

En las evocaciones de Sarmiente campeaba la pasión indómita por cuanto significa paz social, cultura intelectual, progreso moral, bondad y justicia, despuntando también el humorismo vigoroso del filósofo que hizo siempre la guerra alegremente.

Entre las escenas para ser encuadradas entre los astros vino una que produjo un comentario inesperado.

En la batalla de Poitiers el rey Juan se defendía desesperado entre una nube de ingleses, Todos habían caído en torno suyo, la oriflama de Francia yacía en el suelo y sólo a su lado su imberbe de hijo le gritaba : ¡ Padre ! Ataje a la derecha ! Al frente guárdese !

Sarmiento presentía sin duda hallarse al final de sus días y tener al frente al Enemigo inplacable. Dijo repentinamente :

— Tú tambien combatiste a mi lado un combate que ya no era el de tu época. Los golpes que recibistes, nunca más podrás devolverlos. »

Esto podría explicar el que esa que fuera vocación de mis años viriles el dedicar mis conatos a ser un mero intérprete de aquel vasto animador de ideas, no me permitiese conquistar una autoridad propia. Peleando en combate ageno, fuí la sombra de una gran figura, hasta que desapareciendo el arbol frondoso, continuase siendo la sombra de una sombra.

Aquel episodio no tuvo cabida con otros de la misma índole y asaz instructivos en el anecdotario que a guisa de ensayo biográfico publiqué hace y a un cuarto de siglo. Debi temer la critiquilla de comadres y aun de compadres que me hubieran acusado de figuración indebida. Con el cúmulo de los años toda ambición parecerá inofensiva, no quedándome otra que

la de seguir creyendo en el exito futuro de la noble tentativa de fundar una patria depurada de las lacras de la vieja humanidad.

Cierro mi último libro con ese recuerdo que fué un bálsamo del alma y como una anestesia localizada.

Las páginas que preceden esta confidencia, casi de ultra tumba, pueden ser apreciadas diversamente. Alguno hallará, como lo deseo, una tentativa de sintetizar los caracteres morales de un gran argentino. Para muchos será inadecuada la forma dialogada de asunto escasamente escénico y no faltarán quienes conceptuasen inferior la ejecución ante la grandiosidad del tema.

Me parece evidente, empero, que tal ensayo, en edad avanzada, demuestra que su autor ha permanecido impenitente en el rumbo que le fuera impuesto en sus años juveniles. Mi tarea me fué sumamente grata y adecuada al alma misma de mis ideas y sigo creyendo no haber sacrificado una personería que sin duda no hubiese sido de gran provecho en el entrevero de la vida argentina, tan gastadora de hombres de la más alta valía.

Si algún arrepentimiento pudiera asaltarme, sería el que la necesidad de ganar el sustento diario me hubiese impedido hacer algo más como comentarista.

Me complace agradecer cariñosamente a mi editor los cuidados minuciosos puestos en la engorrosa acentuación española y en la presentación de grabados de retratos cuyos originales son harto primitivos, aunque auténticos. Don Pablo Belin, mi primo hermano, es el último representante de la firma secular de editores de París y de esa familia procedía D. Julio Belin, mi patre, quien emigrado a Chile y conservándose francés, adoptó plenamente la querella argentina, dedicando su trabajo su industria y peculio a costear la avalancha de escritos de su ilustre suegro, el que era verídicamente el Joven Sarmiento.

SAINT-CLOUD. — IMPRENTA PABLO BELIN.